

á la su tienda real
á suplicar á su Alteza,
merced nos quiera otorgar,
que nos delibre las tierras,
y que nos torne la paz. —
Las damas que esto oyeron
le dieron respuesta tal:
que eran todas muy contentas
por servir su Majestad.
Levantóse en pié Guiomar,
agradecióles su voluntad,
y escogió cien damas de ellas
que mas le fuéron agradar,
aunque no fuesen fijas-dalgo,
ni de muy alto linaje,
y las que no eran tan vestidas
de sus ropas les hacia dar;
mandó traer cabalgaduras
para ellas cabalgar,
ricamente guarnecidas
que era cosa de mirar;
con ellas cien caballeros
por mas honestas andar.
Mandó allegar las trompetas
y atabales otro que tal,
hizo venir los instrumentos
que se pudieron hallar.
Desque todo fué á punto
mandó á todos cabalgar.
Viérades cabalgar damas,
caballeros otro que tal;
ver cuál iba Guiomar
nadie lo sabria contar:
encima de una hacanea blanca
que en Francia no la habia tal,

un brial vestido blanco
de chapado singular,
mongil de blanco brocado,
enferrado en blanco cendal,
bordado de pedrería
que no se puede apreciar,
una cadená á su cuello
que valia una ciudad,
cabellos de su cabeza
suelos los quiere llevar,
que parecen oro fino
en medio de un cristal,
una guirlanda en su cabeza,
que su padre le fué á dár,
de muy rica pedrería
que en el mundo no hay su par.
Ya se parte Guiomar,
ya empieza de caminar,
con ella sale el rey Jafar
fasta la puerta de la ciudad.
Desque fuéron á la puerta
Guiomar le fué á hablar,
tomándolo de las manos
que se las quiere besar,
rogándolo mucho de grado
no recibiese pesar.
El rey Jafar que la oyera
no pudo estar de llorar,
diciéndole: — Fija mia,
no me queráis olvidar,
cuando seréis entre cristianos,
de mí os queráis acordar;
mirad como quedo solo
con una angustia mortal. —
Dándole su bendicion

licencia le fuera á dar.
Ya se parte Guiomar
para do está el emperante.
Siesta era de mediodía,
tiempo de calor muy grande,
cuando el emperador Cárlos
se levanta de yantar,
y con él todos los doce
que á su mesa comen pan;
cada uno se va á su tienda
á dormir y á folgar:
cuando llegó Guiomar
al real del emperante.
Desque fué cerca las tiendas
las trompetas mandó llamar,
que desparasen todos juntos
cuantos instrumentos hay.
Ya desparan las trompetas,
atabales otro que tal,
hacian tan grande estruendo
que la tierra hacen temblar.
Viérades los franceses
voces que empiezan á dar,
diciendo: — ¡Al arma, al arma,
todo hombre á cabalgar!
que este era el rey Jafar,
ó alguna traicion grande. —
Mas presto llega la guarda
que tenia el emperante,
y vieron ser Guiomar,
que venia tan triunfante.
Presto se tornan las guardas
por la gente asegurar,
y dieron presto las nuevas
á Cárlos el emperante:

cómo era Guiomar
que venia le hablar,
y le demanda licencia
si la dejara entrar.
El emperador muy contento
de grado se la fué á dar.
Ya entraba Guiomar
por medio de aquel real.
Treinta pasos de la tienda
donde estaba el emperante
descabalgó Guiomar,
sus damas mandó apear
por hacer acatamiento
á la corona real;
pasó por medio la guarda
que tenia el emperante,
que eran mas de dos mil hombres
los que le suelen guardar.
Y cuando llegó á la puerta
de aquella tienda real,
viera estar á don Cárlos,
aquel alto emperante,
conociólo Guiomar
segun dél tenia señal:
con aquellas barbas blancas
que tenia por la su faz,
que jamas pelo en su vida
de la barba fuera á cortar.
Guiomar como discreta
ante él se fué á arrodillar,
tomándolo por las manos
por habérselas de besar.
El emperador que la mira
le fué tanto á contentar,
que la tomó por los brazos,

y la hizo levantar,
besándola en el carrillo,
las manos no le quiso dar,
antes la tomó del brazo,
y en la tienda la hizo entrar,
hízole dar una silla,
cabo él la mandó asentar,
fablándole muchas palabras
que era placer de escuchar,
dícele que le pesaba,
por ser de tan gran edad,
para ser su caballero,
y de ella se enamorar.
Hablando de estos placeres
en que los dos están,
viérades los caballeros
atavíos ensayar,
cuál iria mas polido,
cuál iria mas galan,
y el que mas presto se viste
se va á la tienda real
á ver la gran fermosura,
por ver aquella beldad
de Guiomar la linda
que en lindez no hay su par.
Allí vino Oliveros,
allí vino don Roldan,
y vienen los doce pares
de Francia la natural.
A todos hace dar sillas
aquella real Majestad.
Ellós en aquesto estando
vieron por la puerta entrar
ese infante Montesinos,
sobrino del emperante,

con una ropa de brocado
que al suelo quiere llegar,
una cadena á su cuello
que mil marcos de oro vale.
Guiomar desde que lo viera
al emperador fué suplicar,
le quisiese dar licencia
para habelle de hablar.
El emperador de buen grado
luego se la fuera á dar.
Salió á la puerta de la tienda,
y fuéraselo á abrazar.
Montesinos que la viera
cuasi se fué á turbar,
la color toda mudada,
le empezara de hablar:
— Bien sea venida vuestra Alteza,
bueno sea vuestro llegar. —
Y tomábale las manos
que se las queria besar;
mas Guiomar no quiso,
nunca se las quiso dar.
Montesinos de turbado
no se le fué á acordar,
que habia andado diez pasos
sin la cabeza se cobijar.
Guiomar que lo viera
el bonete le hizo tornar.
El emperador que los viera
luego los hace sentar,
desde que todos fuéron posados
empezaron de hablar
de aquella gran fermosura,
que Dios habia querido dar
á la infanta Guiomar

y á las damas que con ella van.
Allí habló el emperador
á todos en general:
— Yo tal fermosura de dama
nunca ví en la cristiandad;
mas por ser ella tan hermosa
una merced le quiero dar:
que yo he dado treinta dias
á su padre el rey Jafar
demandándole las tierras,
y tornándole la paz;
por amor de Guiomar
le quiero dar mucho mas,
yo le doy mas cuatro meses,
y estos le quiero dar. —
Guiomar que esto oyera
en pié se fué á levantar,
las rodillas por el suelo
le comenzó de hablar,
haciéndole muchas gracias
de la merced que le fué á dar:
— Mas suplico á vuestra Alteza,
no se quiera enojar,
de recibir una merced
la cual yo le quiero dar:
que tome todos los reinos
que hoy son del rey mi padre,
y esto sin hacer guerra,
sino de muy buena voluntad. —
El emperador que esto oyera
fuérase á maravillar,
diciendo estas palabras
con un plácer atan grande:
que jamas fallara á nadie
que le llevase ventaja

de hacer siempre mercedes,
 y dar de continuo á grandes,
 sino era Guiomar
 que con él se quiso igualar;
 mas que él no consiente,
 ni lo queria otorgar,
 que antes le torna las tierras,
 y le volvia las paces,
 y le suelta los tributos,
 que no los queria mas,
 y le hacia seguro
 de nunca lo enojar:

— Mas yo vos pido una gracia,
 nunca me la querais negar,
 que se tornase cristiana,
 y con Montesinos casar. —

Guiomar que esto oyera
 mucho se fuera á turbar,
 estuvo pensando un rato
 sin respuesta le tornar;
 mas Dios todopoderoso
 en su corazon fué á entrar,
 y dijo, que le placia
 de cristiana se tornar,
 por hacer servicio á su Alteza,
 con Montesinos casar:

— y esto muy secretamente
 que no lo sepa mi padre,
 pues que era ya tan viejo
 y puesto en la postrera edad;
 que desde será muerto
 yo lo haré publicar. —

Mandó venir un arzobispo
 y un perlado cardenal,
 que la hiciesen cristiana,

y la quieran desposar.
 Esto hecho entre ellos
 licencia fué á demandar
 á aquel gran emperador,
 que luego se la fué á dar.
 Y así se fué Guiomar
 con muy gran solemnidad.
 Gran fiesta le hizo su padre
 cuando la vido tornar.

Romance de Guiomar y del emperador Carlos, etc. Pliego
 suelto del siglo XVI.

(179.)

(Montesinos. — VI.)

Romance de Rosafiorida.

En Castilla está un castillo,
 que se llama Rocafiorida;
 al castillo llaman Roca,
 y á la fonte llaman Fiorida.
 El pié tenia de oro,
 y almenas de plata fina;
 entre almena y almena
 está una piedra zafira;
 tanto relumbra de noche
 como el sol á mediodia.
 Dentro estaba una doncella
 que llaman Rosafiorida:
 siete condes la demandan,
 tres duques de Lombardia;
 á todos les desdeñaba,
 tanta es su lozania.
 Enamoróse de Montesinos
 de oidas, que no de vista.

Una noche estando así,
gritos da Rosafiorida:
oyérala un camarero,
que en su cámara dormía.
— ¿Que es aquesto, mi señora?
¿qué es esto, Rosafiorida?
ó tenedes mal de amores,
ó estáis loca sandía.
— Ni yo tengo mal de amores,
ni estoy loca sandía,
mas llevádesme estas cartas
á Francia la bien guarnida;
diédeslas á Montesinos,
la cosa que yo mas quería;
dile que me venga á ver
para la Pascua Florida;
darle he yo este mi cuerpo,
el mas lindo que hay en Castilla,
si no es él de mi hermana,
que de fuego sea ardida;
y si de mí mas quisiere
yo mucho mas le daría:
darle he siete castillos
los mejores que hay en Castilla.

ROMANCES DE DURANDARTE.

Romance de Durandarte. — I.

Durandarte, Durandarte,
 buen caballero probado,
 yo te ruego que hablemos
 en aquel tiempo pasado,
 y dime si se te acuerda
 cuando fuiste enamorado,
 cuando en galas é invenciones
 publicabas tu cuidado,
 cuando venciste á los moros
 en campo por mí aplazado:
 agora, desconocido,
 dí, ¿por qué me has olvidado?
 — Palabras son lisonjeras,
 señora, de vuestro grado,
 que si yo mudanza hice
 vos lo habeis todo causado,
 pues amastes á Gaiferos,
 cuando yo fui desterrado;
 que si amor quereis conmigo
 tenéislo muy mal pensado;
 que por no sufrir ultraje
 moriré desesperado. —

Canc. de Constantina. f. 63. — Canc. general de 1511. f. 137.

— Canc. de Rom. s. a. fol. 237. — Canc. de Rom. 1550.

f. 251. — Silva de 550, t. I. f. 161.

181.

(Durandarte. — II.)

Romance de Oh Belerma.

¡Oh Belerma! oh Belerma!
por mi mal fuiste engendada,
que siete años te servi
sin de ti alcanzar nada;
agora que me querias
muero yo en esta batalla.
No me pesa de mi muerte
aunque temprano me llama;
mas pésame que de verte
y de servirte dejaba,
¡Oh mi primo Montesinos!
lo que agora yo os rogaba,
que cuando yo fuere muerto
y mi ánima arrancada,
vos lleveis mi corazon
adonde Belerma estaba,
y servilda de mi parte,
como de vos yo esperaba,
y traelde á la memoria
dos veces cada semana;
y diréisle que se acuerde
cuán cara que me costaba;
y dalde todas mis tierras
las que yo señoreaba;
pues que yo á ella pierdo,
todo el bien con ella vaya.
¡Montesinos, Montesinos!
¡mal me aqueja esta lanzada!
el brazo traigo cansado,
y la mano del espada:
traigo grandes las heridas,

mucha sangre derramada,
 los extremos tengo frios,
 y el corazon me desmaya,
 que ojos que nos vieron ir
 nunca nos verán en Francia.
 Abracéisme, Montesinos,
 que ya se me sale el alma.
 De mis ojos ya no veo,
 la lengua tengo turbada;
 yo vos doy todos mis cargos,
 en vos yo los traspasaba.
 — El Señor en quien creéis
 él oiga vuestra palabra¹. —
 Muerto yace Durandarte
 al pié de una alta montaña,
 llorábalo Montesinos,
 que á su muerte se hallara:
 quitándole está el almete,
 descñéndole el espada;
 hácele la sepultura
 con una pequeña daga;
 sacábale el corazon,
 como él se lo jurara,
 para llevar á Belerma,
 como él se lo mandara.
 Las palabras que le dice
 de allá le salen del alma:
 — ¡Oh mi primo Durandarte!
 ¡primo mio de mi alma!
 ¡espada nunca vencida!
 ¡esfuerzo do² esfuerzo estaba!
 ¡quien á vos mató, mi primo,
 no sé por qué me dejara!

Canc. de Rom. s. a. f. 254. — Canc. de Rom. 1550. f. 263.

1 Con este verso acaba el romance en el Canc. de rom s. a.
 2 de Canc. de 1550.

Romance de Durandarte. — III.

Muerto yace Durandarte
 debajo¹ de una verde haya,
 con él está Montesinos
 que en la muerte se hallara²:
 la fuesa le está haciendo³
 con una pequeña daga⁴.
 Desenlázale el arnes⁵,
 el pecho le desarmaba;
 por el costado siniestro
 el corazon le sacaba,
 volviéndolo⁶ en un cendal,
 de mirarlo no cesaba.
 Con palabras dolorosas
 la vista solemnizaba:
 — ¡Corazon del mas valiente,
 que en Francia ceñia espada,
 ahora seréis llevado
 adonde Belerma estaba!
 Para dar clara señal⁷
 de la verdadera llaga
 será hecho el sacrificio
 que ella tanto deseaba
 del amador mas leal,
 á la mas cruel y brava.
 Use clemencia en la muerte,
 pues en vida os la robaba⁸.
 ¡Si vuestra muerte le duele,
 dichosa será la paga

1 al pié Timoneda, Rosa de amores.

2 que en la su muerte se halla Tim.

3 haciéndole está la fuesa Tim.

4 con la punta de su daga Tim.

5 el arnes le está quitando Tim.

6 envolvióle Tim.

7 Este y los cinco versos que le siguen
faltan en el texto de Timoneda.

8 vida la negaba Tim.

á quien está aguardando¹
 el contento de su dama,
 que hasta ver la licencia²
 el cuerpo muerto acompaña! --
 Allegando Montesinos²
 adonde Belerma estaba,
 le dice³ con el semblante
 que el dolor le convidaba:
 — Si la potencia de amor⁴
 te ha rendido en su batalla,
 muéstralo en saber que es muerto⁵
 el que mas que á sí te amaba. —
 Belerma con estas nuevas⁶
 no menos que muerta estaba;
 mas despues que ya tornó,
 entre sí se razonaba:
 — ¡Mi buen señor Durandarte,
 Dios perdone la tu alma,
 que segun queda la mia,
 prestote tendrá compañía⁷!

Aquí comiençan dos rom. con sus glosas. El primero de Durandarte etc. Pliego suelto del siglo XVI. — Timoneda, *Rosa de amores*.*

1 Tambien este y los tres versos que le siguen faltan en el texto de Tim.

2 Llegó en esto Montesinos Tim.

3 díjole Tim.

4 Este verso y el que le sigue faltan en el texto de Timoneda.

5 Sepas, señora, que es muerto Tim.

6 Cata aquí su corazon que ante ti se presentaba. —

Belerma con estas nuevas estas palabras hablaba:

— ¡Mi buen señor Durandarte, Dios perdone la tu alma!

Timoneda.

7 Los dos últimos versos faltan en el texto de Timoneda.

* En la Floresta de var. rom. hay la version siguiente (que es la vulgar) de una parte de este romance:

Muerto yace Durandarte
 debajo una verde haya:
 con él está Montesinos,
 que en la su muerte se halla.
 Haciéndole está la fosa
 con una pequeña daga;
 quitándole está el almete,

deciéndole la espada;
 por el costado siniestro
 el corazon le sacara.
 Así hablara con él
 como cuando vivo estaba:
 — ¡Corazon del mas valiente
 que en Francia ceñía espada

ahora seréis llevado
adonde Belerma estaba! —
Envolvió en un cendal,
y consigo lo llevaba.
Entierra primero al primo;
con gran llanto lamentaba
la su tan temprana muerte
y su suerte desdichada.
Torna á subir en la yegua,
su cara en agua bañada:
pónese luego el almete
y muy recio le enlazaba.
No quiere ser conocido

hasta hacer su embajada,
y presentarle á Belerma,
segun que se le encargara,
el sangriento corazón
que á Durandarte sacara.
Camina triste y penoso,
ninguna cosa le agrada;
por do quiere andar la yegua
por allí deja que vaya;
hasta que entró por París
no sabe en qué parte estaba.
Derecho va á los palacios
adonde Belerma estaba.

ROMANCES DE LA BATALLA DE RONCESVALLES.

Romance que dice: Domingo era de Ramos. — I.

Domingo era de Ramos,
 la Pasion quieren decir,
 cuando moros y cristianos
 todos entran en la lid.
 Ya desmayan los franceses,
 ya comienzan de huir.
 ¡Oh cuán bien los esforzaba
 ese Roldan paladin!
 — ¡Vuelta, vuelta, los franceses,
 con corazon, á la lid!
 ¡mas vale morir por buenos,
 que deshonorados vivir! —
 Ya volvian los franceses
 con corazon á la lid;
 á los encuentros primeros
 mataron sesenta mil.
 Por las sierras de Altamira
 huyendo va el rey Marsin,
 caballero en una cebrá,
 no por mengua de rocin.
 La sangre que dél corria
 las yerbas hace teñir;
 las voces que iba dando
 al cielo quieren subir.
 — ¡Reniego de tí, Mahoma,
 y de cuanto hice en tí!

Hícete cuerpo de plata,
 piés y manos de un marfil;
 hícete casa de Meca
 donde adorasen en tí,
 y por mas te honrar, Mahoma,
 cabeza de oro te fiz.
 Sesenta mil caballeros
 á tí te los ofrecí;
 mi mujer la reina mora
 te ofreció treinta mil.

Canc. de Rom. s. a. f. 229. — Canc. de Rom. 1550. f. 244. —

184.

(La batalla de Roncesvalles. II.)

Romance de doña Alda.

En Paris está doña Alda
 la esposa de don Roldan,
 trescientas damas con ella
 para la acompañar:
 todas visten un vestido,
 todas calzan un calzar,
 todas comen á una mesa,
 todas comian de un pan,
 sino era doña Alda,
 que era la mayoral.
 Las ciento hilaban oro,
 las ciento tejen cendal,
 las ciento tañen instrumentos
 para doña Alda holgar.
 Al son de los instrumentos
 doña Alda adormido se ha:
 ensoñado habia un sueño,

un sueño de gran pesar.
Recordó despavorida
y con un pavor muy grande,
los gritos daba tan grandes,
que se oían en la ciudad.
Allí hablaron sus doncellas,
bien oiréis lo que dirán:
— ¿Qué es aquesto, mi señora?
¿quién es él que os hizo mal?
— Un sueño soñé, doncellas,
que me ha dado gran pesar;
que me veía en un monte
en un desierto lugar:
de so los montes muy altos
un azor vide volar,
tras dél viene una aguililla
que lo ahinca muy mal.
El azor con grande cuita
metióse so mi brial;
el aguililla con grande ira
de allí lo iba á sacar;
con las uñas lo despluma,
con el pico lo deshace. —
Allí habló su camarera,
bien oiréis lo que dirá:
— Aquese sueño, señora,
bien os lo entiendo soltar:
el azor es vuestro esposo,
que viene de allen la mar;
el águila sedes vos,
con la cual ha de casar,
y aquel monte es la iglesia
donde os han de velar.
— Si así es, mi camarera,
bien te lo entiendo pagar. —

Otro dia de mañana
 cartas de fuera le traen;
 tintas venian de dentro,
 de fuera escritas con sangre,
 que su Roldan era muerto
 en la caza de Roncesvalles.

Canc. de Rom. 1550. fol. 102.

185.

(La batalla de Roncesvalles. — III.)

Romance que dicen: Por la matanza va el viejo.

Por la matanza va el viejo*,
 por la matanza adelante;
 los brazos lleva cansados
 de los muertos rodear:
 vido á todos los franceses
 y no vido á don Beltran.
 Siete veces echan suertes
 quién le volverá á buscar;
 echan las tres con malicia,
 las cuatro con gran maldad:
 todas siete le cupieron
 al buen viejo de su padre¹.
 Vuelve riendas al caballo,
 y él se lo vuelve á buscar,
 de noche por el camino,
 de dia por el jaral.
 En² la entrada de un prado,
 saliendo de un arenal,

* Que por este verso empezó el romance primitivo, confirma el otro, „contra haciéndolo“ que dice: *Por la dotencia va el viejo.*

1 á su buen padre carnal Floresta.	
2 á Silva.	

vido estar en esto un moro
 que velaba en un¹ adarve:
 hablóle en algarabía,
 como aquel que bien la sabe²:
 — Caballero de armas blancas,
 ¿si lo viste acá pasar?
 si le tienes preso, moro,
 á oro te le pesarán,
 y si tú le tienes muerto
 désmelo para enterrar,
 porque el cuerpo sin el alma
 muy pocos dineros vale³.
 — Ese caballero, amigo,
 dime tú, ¿qué señas ha?
 — Armas blancas son las tuyas,
 y el caballo es alazan,
 y en el carrillo derecho
 él tenia una señal,
 que siendo niño pequeño
 se la hizo un gavilan.
 — Ese caballero, amigo,
 muerto está en aquel pradal;
 dentro del⁴ agua los piés,
 y el cuerpo en un arenal:
 siete lanzadas tenia,
 pásanle de parte á parte⁵.

Canc. de Rom. s. a. f. 188. — Silva de 1550. t. I. f. 112. —
 Floresta de var. rom.

1 el Silva.

2 En la Silva van intercalados despues
de este verso los dos siguientes:

— Dígame tú, el morico,
lo que quiero preguntar.

3 muy poco debe costar Floresta.

4 dentro en el Silva. Floresta.

5 cada una era mortal Floresta.

185 a.

(La batalla de Roncesvalles. — IV.)

(Al mismo asunto.)

En los campos de Alventosa
 mataron á don Beltran,
 nunca lo echaron ménos
 hasta los puertos pasar.
 Siete veces echan suertes
 quién lo volverá á buscar;
 todas siete le cupieron
 al buen viejo de su padre;
 las tres fuéron por malicia,
 y las cuatro con maldad.
 Vuelve riendas al caballo,
 y vuéveselo á buscar
 de noche por el camino,
 de dia por el jaral.
 Por la matanza va el viejo,
 por la matanza adelante;
 los brazos lleva cansados
 de los muertos rodear:
 no hallaba al que busca,
 ni ménos la su señal;
 vido todos los franceses
 y no vido á don Beltran.
 Maldiciendo iba el vino*,
 maldiciendo iba el pan,
 el que comian los moros,
 que no el de la cristiandad:
 maldiciendo iba el árbol
 que solo en el campo nasce,
 que todas las aves del cielo

* Desde aquí hasta: *No tiene quien lo vengar*, es un trozo copiado del que dice *Asentado está Gaiferos*.

allí se vienen á asentar,
que de rama ni de hoja
no la dejaban gozar:
maldiciendo iba el caballero,
que cabalgaba sin paje;
si se le cae la lanza
no tiene quien se la alce,
y si se le cae la espuela
no tiene quien se la calce:
maldiciendo iba la mujer
que tan solo un hijo pare;
si enemigos se lo matan
no tiene quien lo vengar.
A la entrada de un puerto,
saliendo de un arenal,
vido en esto estar un moro
que velaba en un adarve:
hablóle en algarabía,
como aquel que bien la sabe:
— Por Dios te ruego, el moro,
me digas una verdad:
caballero de armas blancas
si lo viste acá pasar,
y si tú lo tienes preso,
á oro te lo pesarán,
y si tú lo tienes muerto
démelo para enterrar,
pues que el cuerpo sin el alma
solo un dinero no vale.
— Ese caballero, amigo,
dime tú qué señas trae.
— Blancas armas son las suyas,
y el caballo es alazan,
y en el carrillo derecho
él tenia una señal,

que siendo niño pequeño
 se la hizo un gavilan.
 — Este caballero, amigo,
 muerto está en aquel pradal;
 las piernas tiene en el agua,
 y el cuerpo en el arenal:
 siete lanzadas tenia
 desde el hombro al carcañal,
 y otras tantas su caballo
 desde la cincha al pretal.
 No le dés culpa al caballo,
 que no se la puedes dar;
 que siete veces lo sacó
 sin herida y sin señal,
 y otras tantas lo volvió
 con gana de pelear.

Canc. de Rom. 1550 fol. 193.* —

* De este romance hay tambien una version portuguesa, que con el titulo de: Dom Beltrão, lleva publicada el señor Almeida-Garrett en su Romançoiro (Tomo II. pag. 234). Notable es la conclusion de esta version, desde la respuesta del moro:

— Esse cavalleiro, amigo,
 morto está n'esse pragal,
 com as pernas dentro d'agua,
 o corpo no areal.
 Sette feridas no peito
 a qual será mais mortal:
 por uma lhe entra o sol,
 por outra lhe entra o luar,
 pela mais pequena d'ellas
 um gavião a voar.
 — Não tórno culpa a meu filho,
 nem aos moiros de o matar;
 tórno a culpa ao seu cavallo
 de o não saber retirar. —

Milagre! quem tal diria,
 quem tal poderá contar!
 O cavallo meio morto
 allí se pôs a fallar:
 — Não me tornes essa culpa,
 que m'a não podes tornar:
 tres vezes o retirei,
 tres vezes para o salvar;
 tres me deu de espora e redca
 co'a sanha do pelejar.
 Tres vezes me apertou cilhas,
 me alargou o peitoral....
 á terceira fui a terra
 d'esta ferida mortal.

(La batalla de Roncesvalles. — V.)

Romance del conde Guarinos Almirante de la mar: trata cómo lo
cativaron los moros.

¡Mala la vistes, franceses,
a caza de Roncesvalles!
Don Carlos perdió la honra,
murieron los doce pares,
cativaron á Guarinos
almirante de las mares:
los siete reyes de moros
fuéron en su cativar.
Siete veces echan suertes
cuál de ellos lo ha de llevar;
todas siete le cupieron
á Marlotes el infante.
Más lo preciara Marlotes
que Arabia con su ciudad.
Dícele de esta manera,
y empezóle de hablar:
— Por Alá te ruego, Guarinos,
moro te quieras tornar;
de los bienes de este mundo
yo te quiero dar asaz.
Las dos hijas que yo tengo
ambas te las quiero dar,
la una para el vestir,
para vestir y calzar,
la otra para tu mujer,
tu mujer la natural.
Darte he en arras y dote
Arabia con su ciudad;
si mas quisieses, Guarinos,
mucho mas te quiero dar. —

Allí hablara Guarinos,
bien oiréis lo que dirá:
— ¡No lo mande Dios del cielo
ni Santa María su Madre,
que deje la fe de Cristo
por la de Mahoma tomar,
que esposica tengo en Francia,
con ella entiendo casar! —
Marlotes con gran enojo
en cárceles lo manda echar
con esposas á las manos
porque pierda el pelear;
el agua fasta la cinta
porque pierda el cabalgar;
siete quintales de fierro
desde el hombro al calcañar.
En tres fiestas que hay en el año
le mandaba justiciar;
la una Pascua de Mayo,
la otra por Navidad,
la otra Pascua de Flores,
esa fiesta general.
Vanse dias, vienen dias,
venido era él de Sant Juan,
donde cristianos y moros
hacen gran solemnidad.
Los cristianos echan juncia,
y los moros arrayan;
los judíos echan enneas
por la fiesta mas honrar.
Marlotés con alegría
un tablado mandó armar,
ni mas chico ni mas grande,
que al cielo quiere llegar.
Los moros con alegría

empiézanle de tirar:
 tira el uno, tira el otro,
 no llegan á la mitad.
 Marlotes con enconia
 un plegon mandara dar,
 que los chicos no mamasen,
 ni los grandes coman pan,
 fasta que aquel tablado
 en tierra haya de estar.
 Oyó el estruendo Guarinos
 en las cárceles do está:
 — ¡Oh válasme Dios del cielo
 y Santa María su Madre!
 ó casan hija de rey,
 ó la quieren desposar,
 ó era venido el dia
 que me suelen justiciar. —
 Oídolo ha el carcelero
 que cerca se fué á hallar:
 — No casan hija de rey,
 ni la quieren desposar,
 ni es venida la Pascua
 que te suelen azotar;
 mas era venido un dia,
 el cual llaman de Sant Juan,
 cuando los que están contentos
 con placer comen su pan.
 Marlotes de gran placer
 un tablado mandó armar;
 el altura que tenia
 al cielo quiere allegar.
 Hanle tirado los moros,
 no le pueden derribar;
 Marlotes de enojado
 un plegon mandara dar,

que ninguno no comiese
 fasta habello de derribar. —
 Allí respondió Guarinos,
 bien oiréis qué fué á hablar:
 — Si vos me dais mi caballo,
 en que solia cabalgar,
 y me diésedes mis armas,
 las que yo solia armar,
 y me diésedes mi lanza,
 la que solia llevar,
 aquellos tablados altos
 yo los entiendo derribar,
 y si no los derribase
 que me mandasen matar. —
 El carcelero que esto oyera
 comenzóle de hablar:
 — ¡ Siete años habia, siete,
 que estás en este lugar,
 que no siento hombre del mundo
 que un año pudiese estar,
 y aun dices que tienes fuerza
 para el tablado derribar!
 Mas espera tú, Guarinos,
 que yo lo iré á contar
 á Marlotes el infante
 por ver lo que me dirá. —
 Ya se parte el carcelero,
 ya se parte, ya se va;
 como fué cerca del tablado
 á Marlotes fué á hablar:
 — Unas nuevas vos traia
 queraísmelas escuchar:
 sabé que aquel prisionero
 aquesto dicho me ha:
 que si le diesen su caballo,

el que solia cabalgar,
 y le diesen las sus armas,
 que él se solia armar,
 que aquestos tablados altos
 él los entiende derribar. —
 Marlotes de que esto oyera
 de allí lo mandó sacar;
 por mirar si en caballo
 él podria cabalgar,
 mandó buscar su caballo,
 y mandáraselo dar,
 que siete años son pasados
 que andaba llevando cal.
 Armáronlo de sus armas,
 que bien mohosas están.
 Marlotes desde que lo vido
 con reír y con burlar
 dice que vaya al tablado
 y lo quiera derribar.
 Guarinos con grande furia
 un encuentro le fué á dar,
 que mas de la meitad dél
 en el suelo fué á echar.
 Los moros de que esto vieron
 todos le quieren matar;
 Guarinos como esforzado
 comenzó de pelear
 con los moros, que eran tantos,
 que el sol querian quitar.
 Peleara de tal suerte
 que él se hubo de soltar,
 y se fuera á su tierra
 á Francia la natural:
 grandes honras le hicieron
 cuando le vieron llegar.

187.

ROMANCES DE REINALDOS.

Romance de don Roldan de cómo el emperador Carlos lo desterró de Francia, porque volvia por la honra de su primo don Reinaldos. — I.

Dia era de Sant Jorge,
dia de gran festividad;
aquel dia por mas honor
los doce se van á armar
para ir con el emperador
y haberle de acompañar.
Todos vinieron de grado
con un placer singular,
sino el bueno de Reinaldos,
que se estaba en Montalvan,
y no se halló al presente
en la tal festividad.
Allí todos los caballeros
por traidor le van reptar.
Esto causó Galalon,
porque le queria mal;
revolióle con el emperador,
con los doce otro que tal.
Mucho le pesó á Roldan
de vello así maltratar,
fuése para el emperador
de priesa y no de vagar,
habló con voz enojada,
al emperador fué á hablar:

— ¡Mucho me pesa, señor,
de ello tengo gran pesar,
que á Reinaldos en ausencia
tan mal le quieran tratar;
y si tal cosa pasase
la vida me ha de costar! —
El emperador con gran enojo
que habia de lo escuchar,
alzó la mano con saña,
un bofeton le fuera dar,
porque otra vez no fuese osado
al emperador así hablar.
Mucho se enojó de aquesto
el bueno de don Roldan;
allí hizo juramento
encima de un altar,
en los días que viviese
en Francia jamas entrar,
hasta que de todos los doce
él se hubiese de vengar.
Ya se parte don Roldan,
ya se parte, ya se va
solo con un pajecico
que le solia acompañar.
A suñs jornadas contadas
á España fuera llegar.
Andando por sus caminos
á su ventura buscar,
encontró un moro valiente,
cerca estaba de la mar.
Guarda era de una puente
que á nadie deja pasar,
sino por fuerza ó por grado
con él habia de pelear,
porque su señor el rey

así se lo fuera á mandar:
 que hombre que viniese armado
 no lo dejase pasar:
 ó que dejase las armas,
 ó en el reino no habia de entrar.
 Don Roldan con gran enojo
 que habia de lo escuchar,
 hablóle muy mesurado,
 tal respuesta le fué á dar:
 — Que ántes las defenderia
 que no habellas de dejar,
 porque nadie fuese osado
 de las armas le quitar,
 que no le costase la vida
 al ménos, ménos costar. —
 Allí le hablara el moro
 bien oiréis lo que dirá:
 — Pues así quereis¹, caballero,
 luego se haya de librar,
 que ó vos las² dejaréis,
 ó yo quedaré con mal. —
 Luego abajaron las lanzas,
 fuéronse ambos á encontrar.
 A los primeros encuentros
 las lanzas quebrado han:
 echan mano á las espadas
 de priesa y no de vagar:
 ¡tan fuertes golpes se daban
 que era cosa de mirar!
 Alzó el moro su espada,
 á don Roldan fué acertar
 encima de la cabeza,
 que lo hizo arodillar:

don Roldan que aquesto vido
 tal golpe le fuera á dar,
 que de la grande herida
 luego fué á desmayar.

— Dí, moro, ¿qué has sentido?

¿Ya no curas de hablar? —

— He sentido un airecito¹
 que por medio me fué á pasar. —

Don Roldan le dijo luego,
 bien oiréis lo que dirá:

— Que maldito fuese el hombre
 que no sentia su mal.

Cálzate ya esa espuela
 que se te quiere quitar. —

Abajóse á mirar la espuela
 no se pudo levantar:

murió luego prestamente
 sin mas un punto pasar.

Quitóle luego las armas
 el bueno de don Roldan,
 tambien le quitó los vestidos,

los suyos le fué á dejar²,

un sayo de cuatro cuartos
 con que solia caminar,

y con un su pajecico

á Francia lo fué enviar.

Armado y con sus vestidos

parecia á don Roldan:

díjole que lo llevase

adonde doña Alda está,

y dijese que era su esposo,

que le hiciese enterrar.

Desque el paje fué llegado

á Paris esa ciudad,

mostráraselo á doña Alda
con gran angustia y pesar.
Desde vido el cuerpo muerto
pensó que era don Roldan;
los llantos que ella hacia
dolor era de mirar.

Por él lloraban los doce,
el emperador otro que tal,
llórale toda la corte,
el comun en general.

Arzobispos y perlados,
cuantos en la corte están,
con mucho pesar y tristeza
lo llevaron á enterrar.

Don Roldan muy bien armado
con las armas que fué á tomar,
fuérase para las tiendas
do el rey moro suele estar.

Era el rey moro mancebo
ganoso de pelear:
de los doce pares de Francia
él se queria vengar.

Recibióle con mucha honra
allí amor le fué á mostrar,
pensando que era el moro valiente
que los reinos solia guardar.

Díjole cómo en la puente
habia muerto á don Roldan.

El rey luego en aquel dia
á Francia lo fué á enviar:
dióle luego mucha gente,
hízole su capitan

para ir á buscar los doce
y con ellos pelear,

Ya se parte don Roldan

á Paris á la cercar:
los moros que van con él
pensaban en su pensar
que era el moro valiente
que los reinos solia guardar.
Envían luego mensajeros
á Paris, esa ciudad,
ya despues de allegados,
asentado su real,
que presto y sin dilacion
se le diese la ciudad,
ó los doce salgan luego
si por armas se ha de librar.
Respondió el emperador,
bien oiréis lo que dirá:
— Que le placia ¹ de buen grado
de los doce allá enviar. —
Para un dia señalado
concertaron el pelear:
aquel dia salieron los doce
al campo para lidiar.
Los caballos llevan holgados,
no se hartan de relinchar;
con una furia muy grande
en los moros se van lanzar.
Hácese una batalla
muy cruel en la verdad;
mas los moros eran muchos
todos los fuéron captivar,
y tambien á Galalon,
así mesmo otro que tal.
¡Gran deshonra es de los doce
en dejarse así tomar!
Visto lo ha el emperador

desde su palacio real,
mandó llamar sus caballeros
para su consejo tomar.
— Ya sabeis que don Reinaldos
es buen vasallo real,
y es uno de los doce,
de los buenos el principal;
siempre miró por mi honra,
por mi corona imperial;
pues los doce le han reptado,
yo le quiero perdonar. —
Todos holgaron muy mucho
de lo que el emperador fué á hablar.
Envían luego á don Reinaldos
a do estaba á Montalvan,
que viniese luego á Paris
para con el móro pelear,
porque era cosa que cumplia
á su alta Majestad,
y tambien porque en Francia
no le hay mas singular.
Ya se parte don Reinaldos
donde los moros están:
con aquel moro valiente,
con él iba á pelear.
Consigo lleva á doña Alda
la esposa de Roldan;
mas bien sabia don Reinaldos
bien sabia la verdad,
que aquel moro valiente
era su primo don Roldan,
que un tío que tenia
le dijera la verdad;
que por arte de nigromancia
él lo fuera á hallar,

que don Roldan era vivo,
 y como estaba en el real,
 el cuerpo que á París trajeron
 era un moro que fué á matar:
 y andando por sus jornadas
 al campo fuéron á llegar,
 armóse luego don Reinaldos
 para con el moro pelear:
 á los primeros encuentros
 los primos conocido se han.
 Conociéronse entrambos
 en el aire del pelear:
 cuando iban á encontrarse,
 las lanzas desviado han;
 dejado han caer las armas,
 al suelo las fuéron á echar;
 vanse con mucho amor
 el uno al otro abrazar;
 allí hubieron gran placer,
 olvidado han el pesar.
 Mandó llamar á los moros
 á todos hizo juntar
 para dalles la razon
 de lo que queria hablar:
 — Vosotros teneis á los doce,
 yo los fuera á captivar;
 yo no siento ninguno
 con quien haya de pelear,
 si no con este hombre solo,
 pues vergüenza me será. —
 Don Roldan y don Reinaldos
 comienzan á peloar;
 tantos matan de los moros,
 ¡maravilla es de mirar!
 Despues de muertos los moros,

y de todos los matar,
 fué Roldan á su esposica
 con ella placer tomar.
 Cuando lo vido doña Alda,
 de placer queria llorar,
 las alegrías que hacen
 no se podrian contar.
 Vanse luego á Paris
 al emperador consolar;
 cuando el emperador supo
 que venia don Roldan,
 con toda la caballería
 salió fuera de la ciudad.
 — ¡Bien vengais vos, mi sobrino!
 ¡bueno sea vuestro llegar!¹
 ¡gran placer tengo de veros
 vivo y sano en verdad! —
 Grandes fiestas se hacian
 que no se pueden contar:
 allí iban todos los doce
 que á la mesa comen pan:
 todos hubieron placer
 de la venida de don Roldan.

Canc. de Rom. s. a. f. 78. — Canc. de Rom. 1550. f. 77.
 Silva de 1550, t. II. f. 177.*

¹ buena sea vuestra llegada Silva.

* Al mismo asunto se halla en las ediciones posteriores de la Silva y en la Floresta un otro romance que dice: *En Francia la noblecida*: este romance no es mas que una imitacion del nuestro, hecha con un tanto mas cuidado y artificio, y probablemente ya por un poeta artístico, ó un tal que aspiraba á serlo, quien se ha permitido interpolaciones, para hacer alarde de su conocimiento de los poemas épicos italianos. Así ha añadido una larga introduccion y de diferente asonancia (hasta el verso que dice: *guarda era de una puente*, con el asonante en a—o), al paso que ha copiado trozos enteros de nuestro romance.

(Reinaldos. — II.)

Romance de don Reinaldos de Montalvan.

Estábase don Reinaldos
 en Paris, esa ciudad,
 con su primo Malgesí
 que bien sabe adivinar.
 Estábale preguntando,
 él le quería demandar:
 — Primo mio, primo mio,
 primo mio natural,
 mucho os ruego de mi parte
 me lo queráis otorgar,
 pues que de nigromancia
 es vuestro saber y alcanzar,
 que me digais una cosa
 que vos quiero demandar:
 la mas linda mujer del mundo
 ¿adónde la podria hallar?
 — Pláceme, dijo, mi primo,
 pláceme de voluntad. —
 Luego mandó á un espirito¹
 que le dijese la verdad,
 ó se la trajese delante
 presto sin mas detardar.
 El, como era apremiado,
 hizo luego su mandar,
 que el rey moro Aliarde
 tenia una hija de poca edad,
 que en el mundo no habia otra
 que fuese con ella igual.
 Tiene su reino muy lejos,
 tiénelo allende la mar,

en tierras muy apartadas
que no eran para conquistar.
Reinaldos desde esto supo
no quiso mas aguardar;
pidió licencia al emperador,
él se la fué luego á dar:
no se la diera de grado,
mas contra su voluntad,
que se queria ir á los reinos,
que estaban allende el mar,
del rey moro Aliarde,
para con su hija hablar.
Despidióse del emperador,
de los doce otro que tal.
Ya se parte don Reinaldos,
ya se parte, ya se va,
ibase para los reinos
que están allende la mar:
con él iba un pajecico
que lo solia acompañar.
Andando por sus jornadas
al reino fué á llegar;
fuérase para la villa
do el rey moro suele estar:
hallólo en sus palacios
que se queria armar,
porque así lo acostumbraba
por mas se asegurar,
y luego que hubo llegado
el rey le fué saludar:
— ¿De dónde es vuestra venida?
¿o cómo os soledes nombrar?
— Señor, soy un caballero,
de Francia es mi natural:
desterróme el emperador;

de Francia no puedo entrar;
 por eso vengo á servir
 á tu Alteza real.

— Pues que venís muy cansado
 de tan largo caminar,
 reposad en mi palacio,
 que podréis ¹ bien descansar. —
 Don Reinaldos pidió un laud,
 que lo sabía bien tocar,
 ya comienza de tañer,
 muy dulcemente á cantar,
 que todo ² hombre que lo oía
 parecía celestial.

Bien lo oía la infanta,
 y holgaba de lo escuchar.

Desde que lo vió tan gracioso
 de gracias muy singular,
 el amor que nunca cesa
 en ella fué aposentar.

Tales fuéron sus amores
 que no los podía encelar:
 amores de don Reinaldos
 no la dejan reposar.

Tambien se enamoró él de ella,
 ¡tanta era su beldad!

Enviólo á llamar la infanta
 que viniese á le hablar;
 muy cortés y mesurado
 las manos le fué á besar;
 la infanta era discreta
 y no ge las quiso dar;
 mas ántes sus corazones
 eran de una conformidad,

¹ podéis Silva.

² á todo Las ed. posteriores del
 Canc. de rom.

que de verse el uno al otro
luego se fuéron á desmayar:
desmayaron los corazones,
no dosmayó la voluntad.

Despues que fuéron recordados
comenzaron de llorar,
el uno y el otro decian
palabras de grande amar.

— Por tus amores, señora,
vine de allende la mar;
por venir á vos servir
dejara mi nãtural.

He dejado yo mis tierras,
al emperador quise dejar,
he dejado muchos amigos,
que me solian honrar,
he dejado á los doce,
que de ellos era principal. —

Allí habló la infanta
bien oiréis lo que dirá:

— Si por mí os desterrastes,
y quesistes acá llegar,
tened confiança en mí
que lo entiendo bien pagar:
por eso, amigo mio,
comenzáos de alegrar;
mucho os ruego que esta noche
que no querades faltar,
que vengais solo en mi cámara
adonde yo suelo estar,
porque allí solos entrambos
placer nos podamos dar.

— ¡Nunca quiera Dios, señora,
ni la santa Trinidad,
que yo tocasse en la honra

á la corona real,
 pues me tiene vuestro padre
 por caballero leal! —
 Respondióle la infanta
 enojada de le escuchar:
 — ¿Lo que habeis de rogar á mi
 os tengo yo á vos¹ de rogar?
 Yo vos juro por mi ley,
 por la ley de Mahomad,
 que si no hacedis lo que digo
 que luego os mande matar. —
 Don Reinaldos con esfuerzo
 tal respuesta le fué á dar:
 — Que le costase la vida,
 que mas no podía aventurar,
 y que sin falta vernia
 por hacer su voluntad. —
 Aquella noche siguiente
 gran placer se fuéron dar;
 otro dia de mañana
 á su posada se va.
 No pasaron muchos dias,
 pocos fuéron á pasar,
 que el traidor de Galalon,
 aquel traidor desleal,
 envió cartas á Aliarde,
 cartas para le avisar
 que en su corte tenia
 á don Reinaldos² de Montalvan,
 que á otra cosa no habia ido
 sino á le deshorrar:
 que guardase bien su hija,
 no se la quisiese fiar,
 que no fué por otra cosa

1 á vos falta en la Silva.

2 á Reinaldos Silva.

sino por amores tomar.
 El rey que vido las cartas
 los suyos mandó llamar,
 para que tomen á Reinaldos
 y lo hayan de aprisionar.
 Tomólo gran gente de armas
 por mas seguro le tomar;
 echanle en una prision
 de muy grande escuridad.
 Aconsejóse con los suyos,
 tomó consejo real,
 qué debian hacer al triste,
 ó qué castigo le pueden¹ dar.
 Hallaron por sus derechos,
 por la razon natural,
 pues habia sido traidor
 á la corona real,
 que era digno de la muerte
 y se la hubiesen de dar.
 Todos firman la sentencia,
 el rey la fué á firmar:
 la sentencia ya era dada
 para habello de degollar.
 Allí estaba un pajecico
 que la infanta fué á criar,
 va corriendo á la infanta
 de priesa y no de vagar.
 Sola estaba la infanta,
 á nadie queria escuchar;
 entra el paje por la puerta,
 comiézale de hablar:
 — Por amor de vos, señora,
 hoy se hace gran crueldad,
 que aquel caballero extraño

por vos le quieren degollar. —
 De lo que dijo el pajecico
 ella tuvo gran pesar:
 vase para el palacio
 donde el rey solia estar:
 tal entraba por la puerta
 que á todos queria matar.
 — ¿Qué es aquesto, señor padre?
 aquesto ¿qué puede estar?
 ¿Sin saber cierto las cosas,
 al cabo las quereis llevar¹?
 La sentencia que habeis dado
 vos la querais² revocar,
 que si don Reinaldos muere
 á mí primero habeis de matar.
 No sabiendo la verdad
 no me querais difamar.
 Las cartas de Galalon,
 que él vos fué á enviar,
 son por volveros con él,
 para hacelle matar,
 por envidia que dél tiene³,
 porque en vuestra corte está⁴,
 que en Paris ni en toda Francia
 nadie se le puede igualar.
 Por eso os ruego, señor,
 la vida le querais dar.
 — Pláceme, dijera el rey,
 pláceme de voluntad;
 mas con una condicion:
 que en mis reinos no ha de estar. —
 Allí luego la infanta

1 llegar Canc. de rom. s. a. y 1550.

2 quereis Canc. de rom. s. a. y 1550.

3 tiene dél Canc. de rom. s. a. y 1550.

4 quiere estar Canc. de rom. s. a. y 1550.

por querer con vos estar Las ed. post. del Canc. de rom.

las manos le fué á besar:
mándanle quitar los grillos
y de la prision sacar,
y entónces el buen rey
le mandara desterrar.
Ya se parte de la corte
con dolor y gran pesar
por dejar á su señora,
con ella no poder quedar.
Maldecia su ventura,
no cesaba de llorar;
á sus jornadas contadas
en Francia fué á llegar:
y vase luego derecho
á la villa de Montalvan.
El rey quedaba pensoso,
á su hija queria casar,
mas no sabia con quién
á su honra la pudiese dar.
Envió cartas por todo el mundo,
todo el mundo en general,
que quien quisiere heredar su reino,
y con su hija casar,
que dentro de treinta dias
viniese á su corte real
para hacer un torneo
para mas honra ganar,
y el que mejor lo hiciese
con la infanta haya de casar.
Don Reinaldos cuando lo supo
mucho se fué á alegrar,
porque si él allá iba
el campo entiende de ganar.
Luego pidió su caballo,
las armas otro que tal,

mucho rogó á su primo,
 á su primo don Roldan,
 que se quisiese ir con él
 por mayor honra llevar.
 Ya se parte don Reinaldos;
 con él iba don Roldan,
 á sus jornadas contadas
 al reino de moros llegado han.
 Sabido lo ha Galalon
 que á tierra de moros van,
 luego envió un mensajero
 para al rey moro avisar,
 que su criado don Reinaldos,
 y su primo don Roldan
 eran idos á su reino
 para habello de matar.
 Cuando el rey supo tal nueva
 de ello se fué á maravillar:
 envió á hombres de armas
 que los fuesen á buscar.
 Allí habló un caballero,
 bien oiréis lo que dirá:
 — ¡Vergüenza es de tanta gente
 á dos solos ir á buscar!
 Dédesme licencia á mí
 que yo solo me quiero andar. —
 El rey dijo que¹ le placía
 de muy buena voluntad.
 Ya se parte aquel moro,
 ya se va á los buscar;
 vase para una posada
 adonde él solia posar:
 en entrando por la puerta
 con ellos fuera á encontrar:

conoció á don Reinaldos
 que con él solia holgar.
 — Pésame mucho de vosotros,
 en mí tengo gran pesar,
 que el réy sabe que estáis aquí
 haos mandado matar:
 ruego vos mucho, señores,
 que me digais la verdad,
 porque el rey tenia cartas
 que Galalon le fué á enviar
 avisándole de cierto
 que le queríades matar. —
 Respondiera don Reinaldos:
 — ¡ Nunca Dios quiera tal!
 El rey no es mi enemigo,
 ni yo lo queria mal;
 mas hemos venido al campo
 que el rey mandó¹ pregonar. —
 Mucho se holgó el moro
 de tal razon² escuchar,
 que viniesen en hora buena
 para al campo á pelear.
 Otro dia de mañana
 comiéndanse de aparejar,
 y sálense luego al campo
 donde habian de tornear.
 Mataron tantos de moros
 que no hay cuento ni par.
 Bien veia la infanta
 á Reinaldos y á Roldan³:
 lloraba de los sus ojos
 que no les podia ayudar.

1 mandara Canc. de rom. s. a. y 1550.
 2 de tales razones Canc. de rom. s. a.
 y 1550.

3 don Roldan Canc. de rom. s.
 1550.

Envióles un pajecico,
 que fuesen á le hablar,
 que se lleguen al castillo
 por ver si les podria hablar.
 Ellos rompiendo entre la gente
 al castillo llegado han:
 la infanta cuando los vido
 de allí se dejó colgar:
 tomándola don Reinaldos
 en su caballo la fué á tomar.
 Mataron tantos de moros
 que no tienen cuento ni par;
 por muchos moros que vinieron
 no se la pudieron quitar¹:
 á sus jornadas contadas
 á Paris fuéron llegar.
 El emperador cuando lo supo
 á recibírselos sale,
 con él salen los doce pares
 y toda la corte real.
 Si hasta allí eran esforzados,
 agora lo eran mucho mas.

Canc. de Rom. s. a. fol. 72. — Canc. de Rom. 1550. fol. 71. —
 Silva de 1550. t. II. fol. 170.* —

¹ por mas moros que vinieron
 no se la pueden quitar

Las ed. post. del Canc. de rom.

por mas moros que vinieran
 no se la pudieron quitar

Silva ed. de 1582.

* En la Silva, ed. de 1582, y en la Floresta hay otro romance al mismo asunto, que dice: *Cuando aquel claro lucero*; pero ya contrahecho de este por un poeta artístico, como se echa de ver por el mismo título que lleva en un pliego suelto del siglo XVI, donde dice: (Romance) *Hecho por un gentilhombre. Agora de nuevo muy fuera del propósito de los otros, como por él parecerá.*

(Reinaldos. — III.)

Romance de la prision y destierro de don Reinaldos y de cómo estando desterrado vino á ser Emperador de Trapisonda.

Ya que estaba don Reinaldos
 fuertemente aprisionado,
 para haberlo de sacar
 á luego ser ahorcado,
 porque el gran emperador
 así lo habia mandado,
 cuando llegó don Roldan
 de todas armas armado,
 en el fuerte Briador
 su poderoso caballo,
 y la fuerte Durlindana
 muy bien ceñida á su lado,
 la lanza como una entena,
 el fuerte escudo embrazado,
 vestido de fuertes armas
 y él con ellas encantado.
 Por la visera del yelmo
 fuego venia lanzando;
 retemblando va la lanza
 como un junco muy delgado,
 y á toda la hueste junta
 fieramente amenazando:
 — ¡Nadie toque en don Reinaldos
 si quiere ser bien librado!
 ¡quien otra cosa hiciere
 él será tan bien pagado,
 que todo el resto del mundo
 no le escape de su mano,
 sin quedar hecho pedazos,
 ó muy bien escarmentado! —

Serenos estaban todos
hasta ver en qué ha parado;
nadie no se removía
contra tan buen abogado.
Allí el fuerte don Roldan
junto á Carlos se ha llegado
diciendo de esta manera,
de encima de su caballo:
— No es cosa de emperador
lo que tienes ordenado;
el caballero que se viene
de su voluntad y grado;
¿cómo es esto, señor,
que así ha de ser tratado?
Endemas la flor del mundo,
como claro está probado,
siendo de tu propia sangre,
tan cercano emparentado,
manso como un corderico
ante tí se ha presentado,
sabiendo tu Majestad,
que nadie hubiera bastado,
ni el mundo todo junto
á prendello ni á matallo,
y mas agora, señor,
que estaba tan prosperado,
pudiera correr tus tierras
y mas conquistar tu Estado,
como otras veces solia
tenerte en Paris cercado,
y tú ni nadie por ti
le osaba salir al campo.
¿Quieres tú quitar la vida
á quien á ti te la ha dado?
No una vez sino ciento

de peligros te ha sacado,
poniéndose á la muerte
por acrecentar tu Estado.
¿Y este pago le tenias,
di, señor, aparejado?
¡Si á todos pagas así,
tú serás harto afamado!
¡De excelente pagador
rica fama habrás ganado! —
Respondió el emperador
como mal aconsejado:
— ¡Oh cómo hablas, sobrino,
con rostro tan enojado!
¿no sabeis que este traidor
muchas veces ha robado?
por caminos y carreras
las gentes ha despojado,
y muchos piden justicia
de los que él ha salteado,
y si agora lo soltamos
volverá á lo regostado. —
Allí dijo don Roldan:
— Eso tú lo has causado;
diérasle tú en que viviera
de cuanto te ha acrescentado.
¿Y por qué razon, señor,
jamás te has acordad?
que á otros menores que él,
y que ménos te han honrado
muy muchas villas y tierras
de tu mano les has dado,
y aqueste que es el mejor
siempre fué de ti olvidado.
¿De qué habia de vivir
andando de contino armado?

Con sus vigorosos brazos
muchas veces ha librado
la cristiandad de peligro
del cruel pueblo pagano.
Bien sabéis que ya los moros
todos dél están temblando,
y que por su miedo dél
contigo se han concertado.
Por estar seguros dél
las parias te han enviado,
y agora si ellos tuviesen
el seguro de su mano,
yo sé bien que no tardasen
en haberse levantado,
por donde la cristiandad
harto mal habria ganado.
Digo que no es de perder
en tus reinos tal vasallo;
tristes serán los cristianos
por tal brazo que han cobrado:
si lo perdiesen agora
no volverán á cobrallo,
porque ya no vuelven todos
por su vida, honra y estado,
que hoy todo junto lo pierde,
si de Dios no es remediado.
¡Oh caballeros de Francia!
decí, ¿habeis olvidado
de cuántas graves afrentas
Renaldos vos ha sacado?
¿Por qué agora consentis
ante vos ser tal tratado
vuestro fuerte capitan,
de todos primo y hermano?
No consienta nadie, no,

tan gran tuerto ser pasado,
 que juro por Sant Dionis,
 y al Eterno soberano,
 que en lo tal yo no consienta,
 ni tal será ejecutado,
 ó todo el mundo se guarde
 de mi espada y de mi mano;
 que si tal se ejecutare
 será de mí tan bien vengado,
 que toda Francia lo llore
 por no habello remediado,
 y tírense todos afuera,
 no sea nadie tan osado
 de querer luego estrenar
 lo que yo tengo jurado.
 ¡Sus de presto, Maganceses!
 ¡afuera, afuera, priado!
 No me pare mas ninguno,
 buscá veredas temprano. —
 Viérades á Galalon
 con su Maganza ciscado,
 y tanto, que él no quisiera
 ser allí entónces hallado.
 Y tornando luego á Cárlos,
 prosiguiendo en su hablado,
 dijo: — ¿Qué quieres, señor,
 que persigues á Renaldos?
 Di, ¿no sabes tú, señor,
 y está muy claro probado,
 que lo mas que él tenia
 haberlo á moros ganado?
 Debríate ya bastar
 que á perder lo has echado
 destruyéndole una villa
 sola, que Dios le habia dado.

Si la cabeza do sale
 todo aquesto en que has andado
 ella fuese ya cortada
 quedaria sosegado
 todo el tu gran imperio
 que no te cantase gallo. —
 Respondió el emperador
 algun tanto ya amansado:
 — ¡Oh mi querido sobrino,
 no te tornes tan airado,
 ni pase mas adelante
 lo que llevas comenzado!
 Hágase como quisieres
 y sea luego soltado;
 mas con esta condicion:
 que lo doy por desterrado
 con gran pleitomenage,
 que ante mí haya jurado,
 que solo y sin compañía
 á Jerusalem, descalzo
 en hábito de romero
 sea luego encaminado,
 y que mas aquí no pare
 del tercero dia pasado,
 y jamas no torne en Francia
 sin mi licencia y mandado;
 y que su mujer é hijos
 acá se hayan quedado,
 y sus hermanos tambien,
 todos á muy buen recaudo,
 porque si él algo hiciere
 en ellos seré yo vengado. —
 Lo cual así se cumplió,
 segun de suso contado,
 que luego al tercero dia

Reinaldos se ha aparejado
de esclavina y de bordon,
y una maleta á su lado,
para echar las limosnas
que por Dios le hubiesen dado.
Vistió una gruesa camisa,
como penitente armado,
llorando de los sus ojos
con corazon trespasado.
Despidiéndose á la corte
de cuantos le han amado,
y á todos los doce pares
mucho les ha encomendado
la su mujer é hijitos
que por ellos hayan mirado,
y tambien por sus hermanos
que en prision les ha dejado,
diciendo que por ventura
jamás seria tornado;
mas quizá en algun tiempo
les seria bien pagado
á todos los que miraren
por las prendas que ha dejado.
Sus lágrimas eran tantas
que á todos han convidado
á quebrar sus corazones
de le ver tan lastimado.
Ya se va el nuevo romero
del todo desconsolado:
de toda la cristiandad
iba ya desamparado,
aunque él por muchas veces
la habia bien abrigado,
defendiéndola de moros
con corazon esforzado.

Capitan de los cristianos
 por el mundo era llamado;
 tal fuerza contra paganos
 por jamas se ha hallado.
 Mas al cabo de tres dias
 que así desnudo y descalzo
 caminaba con paciencia
 con su bordon en la mano,
 y con espesos gemidos
 y suspiros que iba dando,
 don Roldan fué en pos de él
 en su lijero caballo,
 y alcanzólo á una montaña
 saliendo por un atajo.
 Desde lo vido Renaldos
 á mal lo hubo tomado;
 mas el leal don Roldan
 otro llevaba pensado,
 pues le dijo luego así
 al momento y en llegando:
 — ¡Oh flor de caballería!
 ¿dónde vas tan desmayado?
 ¿qué es de tus caballerías?
 ¿dónde las has ya dejado?
 ¿qué es de las tus fuertes armas?
 ¿qué es de tu fuerte caballo?
 Ves aquí tu buena espada,
 cata aquí do te la traigo;
 torna, torna, señor primo,
 que yo haré ser alzado
 el destierro, que te fué
 tan á tuerto sentenciado;
 y no me tengan por Roldan
 si no fuere así acabado,
 que yo sacaré del mundo

á quien quisiere estorballo,
porque tan buen caballero
no sea en Francia faltado:
que mas vales tú que todos
cuantos allá han quedado. —
Mas por mas que le rogó
nada le fué otorgado,
ni jamas volvió con él
á lo que le era rogado,
por no dejar su camino
á cumplir lo que ha jurado;
que entre buenos caballeros,
así es acostumbrado,
de perder ántes la vida
que no hacer quebrantado
el homenaje que hacen
donde les es demandado.
Mas tomó su rica espada
que Roldan le habia llevado,
para la llevar secreta
debajo su pobre hato,
por si algo le viniere
que tenga de que echar mano;
y así se despiden los dos
harto gimiendo y llorando,
que peor les fué el partir,
que no morir peleando.
Mas aquel noble guerrero
mucho se va encomendando
al muy alto Jesucristo,
por el cual él fué guiado
á las tierras del gran Can,
do fué muy maravillado
por tan alto caballero
cómo ante él era llegado

tan descalzo y tan desnudo,
 tan hambriento y fatigado.
 Mas como quiera que fuesen
 en el tiempo ya pasado
 ambos hermanos en armas,
 gran fiesta le ha ordenado,
 y despues que le contó
 todo su hecho pasado,
 el gran Can le respondió:
 — ¡Oh mi buen señor y hermano!
 pídemelo que quisieres
 para volver contra Carlo.
 Ves aquí do tengo junto
 nuestro gran poder pagano,
 que no hay cosa que no hagan
 por mi servicio y mandado:
 irán conmigo y contigo
 á hacerte bien vengado,
 y segun, señor, tú eres
 en armas tan estimado,
 con este tan gran poder
 que de acá hayas llevado,
 muy de presto podrás ser
 en cristianos coronado,
 á pesar de quien pesare
 sin poder ser estorbado,
 que mas pertenece á ti
 que no aquel falso de Carlos,
 pues tan mal ha conocido
 cuanto le has administrado.
 — No lo mande Dios del cielo,
 le responde don Renaldos,
 que yo quiebre el homenaje,
 que en Francia hube jurado,
 que yo ni otro por mí

no vuelva contra cristianos. —
Vista ya su voluntad
el gran Can, fué acordado
por complacer á Renaldos
y subirlo en alto estado,
que seria bueno ir
con treinta mil de caballo
sobre aquel emperador
de Trapisonda nombrado,
que muy mucho mal hacia
á todos sus comarcanos,
usurpándoles las tierras
por fuerza, que no de grado.
Renaldos que tal oyó
presto fué aparejado,
no de esclavina y bordon,
ni ménos maleta al lado,
mas de buen caballo y armas,
en lo que era acostumbrado.
Tomando los treinta mil
tales mañas se ha dado,
como aquel que en ellas era
maestro bien afamado.
Halló al emperador
que tenia puesto campo
sobre una gran ciudad,
cient mil y mas de caballo:
pegó con ellos de noche
al mejor sueño tomando:
recordólos de tal suerte
que pocos han escapado;
porque el triste campo estaba
durmiendo, tan descuidado,
que cuando el alba rompió
los mas se han abajado

con su señor al infierno,
que los estaba esperando,
salvo aquellos que se dieron
á merced de don Renaldos,
por do luego presto fué
emperador coronado,
sojuzgando muchos reyes
y señores de alto grado,
de lo cual luego escribió
á su enemigo Carlo-Magno.
Con riquísimos presentes
mensajes le ha despachado
pidiéndole de merced,
que allá le haya enviado
alguna gente cristiana,
que no hay mas de un cristiano,
que es el mesmo don Renaldos,
el valiente y esforzado,
y noble en toda virtud,
hermoso y muy agraciado.
Mas tal odio le tenia
el ya dicho Carlo-Magno,
que en lugar de socorrer
á la hora ha pregonado
que no vaya nadie allá,
so pena de su mandado,
ni tampoco le envasen
la mujer, hijos y hermanos.
Mas Roma y Costantinopla
le enviaron tal recaudo,
que sin ir nadie de Francia
cristianos le han sobrado.

ROMANCES DEL CONDE CLAROS.

Romance del conde Claros de Montalvan. — I.

Media noche era por filo,
 los gallos querian cantar,
 conde Claros con amores
 no podia reposar:
 dando ¹ muy grandes sospiros
 que el amor le hacia dar,
 por ² amor de Claraniña
 no le deja ³ sosegar.
 Cuando vino la mañana
 que queria alborear,
 salto diera de la cama
 que parece un gabilan.
 Voces da por el palacio,
 y empezara de llamar:
 — Levantá ⁴, mi camarero,
 dáme ⁵ vestir y calzar. —
 Presto estaba el camarero
 para habérselo de dar:
 diérale calzas de grana,
 borceguís de cordoban;
 diérale jubon de seda

1 tirando Las ed. poster. del Canc.
de rom.

2 porque Las ed. poster. del Canc.
de rom.

que amores Floresta.

3 dejan Floresta.

4 Levantáos Las ed. post. del Canc.
de rom. Floresta.

5 dadme Las ed. post. del Canc. de
rom. Floresta.

aforrado en zarzahan¹;
 diérale un manto rico
 que no se puede apreciar;
 trescientas piedras preciosas
 al derredor del collar;
 tráele un rico caballo
 que en la corte no hay su par,
 que la silla con el freno
 bien valia una ciudad,
 con trescientos cascabeles
 al rededor del petral;
 los ciento eran de oro,
 y los ciento de metal,
 y los ciento son de plata
 por los sones concordar;
 y vase para el palacio,
 para el palacio real.
 A la infanta Claraniña
 allí la fuera hallar,
 trescientas damas con ella
 que la van acompañar.
 Tan linda va Claraniña,
 que á todos hace penar.
 Conde Claros que la vido
 luego va descabalgár;
 las rodillas por el suelo
 le comenzó de hablar:
 — Mantenga Dios á tu Alteza.
 — Conde Claros, bien vengais. -
 Las palabras que prosigue
 eran para enamorar:
 — Conde Claros, conde Claros,
 el señor de Montalvan,
 ¡cómo habeis hermoso cuerpo

para con moros lidiar! —
 Respondiera el conde Claros,
 tal respuesta le fué á dar:
 — Mi cuerpo¹ tengo, señora,
 para con damas holgar:
 si yo os tuviese esta noche,
 señora, á mi mandar,
 otro dia en la mañana²
 con cient moros pelear³,
 si á todos no los venciese
 que me mandase⁴ matar.
 — Calledes, conde, calledes,
 y no os querais alabar:
 el que quiere servir damas
 así lo suele hablar,
 y al entrar en las batallas
 bien se saben excusar.
 — Si no lo creéis, señora,
 por las obras se verá:
 siete años son pasados
 que os empecé de amar,
 que de noche yo no duermo,
 ni de dia puedo holgar.
 — Siempre os preciastes, conde,
 de las damas os burlar;
 mas dejáme ir á los baños,
 á los baños á bañar;
 cuando yo sea bañada
 estoy á vuestro mandar. —
 Respondiérale el buen conde,
 tal respuesta le fué á dar:

1 mejor lo de rom. Las ed. post. del Canc.
 2 querría la otra mañana Las ed. post.
 del Canc. de rom.
 y otro dia de mañana Floresta.

3 diria: pelear?

4 mandasen de rom. Las ed. post. del Canc.
 mandásedome Floresta.

— Bien sabedes vos, señora,
 que soy cazador real;
 caza que tengo en la mano
 nunca la puedo dejar. —
 Tomárala por la mano,
 para un vergel se van;
 á la sombra de un acipres¹,
 debajo de un rosal,
 de la cintura arriba²
 tan dulces besos se dan,
 de la cintura abajo
 como hombre y mujer se han³.
 Mas la fortuna adversa
 que á placeres da pesar⁴,
 por ahí pasó un cazador,
 que no debia de⁵ pasar,
 detras de una podenca⁶,
 que rabia debia matar.
 Vido estar al conde Claros
 con la infanta á bel⁷ holgar.
 El conde cuando le vido
 empezóle de llamar:
 — Ven acá tú, el cazador,
 así Dios te guarde de mal:
 de todo lo que has visto
 tú nos tengas poridad.
 Darte he yo mil marcos de oro,
 y si más quisieres, más;

1 cipres Silva.

limon Floresta.

2 con grande contentamiento Flor.

3 muy dulces besos se dan
con el amor que se tienen,
que era cosa de admirar

Floresta.

4 Mas la fortuna que es adversa
que á placeres ó á pesar Canc. de
rom. s. a. y 1550.Mas fortuna que es adversa
á placeres, y á pesar Las ed. post.
del Canc.Mas fortuna que es adversa
que á placeres da pesar Flor.

5 debiera Silva.

6 en busca de una podenca Silva.
en busca va de un azor Flor.7 á lindo Las ed. post. del Canc.
á mas Floresta.

casarte he con una doncella
 que era mi prima carnal;
 darte he en arras y en dote
 la villa de Montalvan:
 de otra parte la infanta
 mucho mas te puede dar¹. —
 El cazador sin ventura
 no les quiso escuchar:
 vase para los palacios
 ado² el buen rey está.
 — Manténgate Dios, el rey,
 y á tu corona real:
 una nueva yo te traigo
 dolorosa y de pesar,
 que no os cumple³ traer corona
 ni en caballo cabalgar.
 La corona de la cabeza
 bien la podeis vos⁴ quitar,
 si tal deshonra como esta
 la hubieseis de comportar;
 que he hallado la infanta
 con Claros de Montalvan,
 besándola y abrazando
 en vuestro huerto real:
 de la cintura abajo
 como hombre y mujer se han⁵. —
 El rey con muy grande enojo
 al cazador mandó matar,
 porque habia sido osado
 de tales nuevas llevar⁶.

1 de otra parte del' infanta
 mucho mas te puedo dar Canc. de
 rom. s. a. y 1550.

2 adonde Silva. Flor. Las ed. post.
 del Canc.

3 no te cumple Las ed. post. del Canc.

4 bien te la puedes Las ed. post. del
 Canc.

bien os la podeis Flor.

5 de lo cual dolor yo tuve
 y no quisiera ver tal Flor.

6 le dar Silva.

Mandó llamar sus alguaciles
 apriesa, no de vagar,
 mandó armar quinientos hombres
 que le¹ hayan de acompañar
 para que prendan al conde
 y le hayan de tomar²,
 y mandó cerrar las puertas,
 las puertas de la ciudad.
 A las puertas del palacio
 allá le fuéron á hallar,
 preso llevan al buen conde
 con mucha seguridad³,
 unos grillos á los piés,
 que bien pesan un quintal;
 las esposas á las manos,
 que era dolor de mirar;
 una cadena á su cuello,
 que de hierro era el collar.
 Cabálganle en una mula
 por mas deshonra le dar:
 metiéronle en una torre
 de muy gran escuridad:
 las llaves de la prision
 el rey las quiso llevar,
 porque sin licencia suya
 nadie le pueda hablar.
 Por él rogaban los grandes
 cuantos en la corte están,
 por él rogaba Oliveros,
 por él rogaba Roldan,
 y ruegan los doce pares
 de Francia la natural;
 y las monjas de Sant Ana

1 los Silva. les Flor.

2 ó le hayan de matar Flor.

3 riguridad Flor.

con las de la Trinidad
 llevaban un crucifijo
 para al buen rey¹ rogar.
 Con ellas² va un arzobispo
 y un perlado y cardenal;
 mas el rey con grande enojo
 á nadie quiso escuchar,
 antes de muy enojado
 sus grandes mandó llamar.
 Cuando ya los tuvo juntos
 empezóles de hablar:
 — Amigos y hijos míos,
 á lo que vos hice llamar,
 ya sabeis que el conde Claros,
 el señor de Montalvan,
 de cómo³ le he criado
 fasta ponello en edad,
 y le he guardado su tierra,
 que su padre le fué á dar,
 el que morir no debiera,
 Reinaldos de Montalvan,
 y por facelle yo mas grande,
 de lo mio le quise dar;
 hícele gobernador
 de mi reino natural.
 Él por darme galardón,
 mirad, en qué fué á tocar,
 que quiso forzar la infanta,
 hija mia natural.
 Hombre que lo tal comete
 ¿qué sentencia le han de dar? —
 Todos dicen á una voz
 que lo hayan de degollar,

1 para al rey poder Las ed. post. del Canc.

2 ellos Canc. de rom. s. a. y 1550.
3 de niño Las ed. post. del Canc.

y así la sentencia dada
 el buen rey la fué á firmar.
 El arzobispo que esto viera
 al buen rey fué á hablar,
 pidiéndole por merced
 licencia le quiera dar
 para ir á ver al conde
 y su muerte le denunciar.
 — Pláceme, dijo el buen rey,
 pláceme de voluntad;
 mas con esta condicion:
 que solo habeis de andar
 con aqueste pajecico
 de quien puedo bien fiar. —
 Ya se parte el arzobispo
 y á las cárceles se va.
 Las guardas desque lo vieron
 luego le dejan entrar;
 con él iba el pajecico
 que le va á acompañar.
 Cuando vido estar al conde
 en su prision y pesar,
 las palabras que le dice
 dolor eran de escuchar.
 — Pésame de vos, el conde¹,

¹ Desde este verso hasta el que dice: *Por ellas quiero gastar*, hay una otra version antigua que va por romance separado en el Cancionero general y en el de romances, y en el primero ha servido de tema á una glosa de Francisco de Leon. — Daremos aquella version en la nota al fin de nuestro texto, no habiendo tenido por bien de sustituirla á la nuestra, porque en aquella version dice el arzobispo, que el rey no le quiso escuchar:

que la sentencia era dada,
 no se podia revocar;

lo que no va en todo conforme con la narracion que antecede en nuestro texto. — Hemos este empero purificado, suprimiendo, como interpolacion manifiesta, la glosa en dos décimas, intercalada entre el verso que dice: *Dignos son de perdonar*, y el de: *Por vos he rogado al rey*, aunque la llevan ya las ediciones mas antiguas de la Silva y del Cancionero de rom. — Se echa de ver por aquellas versiones diferentes é interpolaciones, que este pasaje habia servido y

cuanto me puede pesar,
 que los yerros por amores
 dignos son de perdonar.
 Por vos he rogado al rey,
 nunca me quiso escuchar,
 antes ha dado sentencia
 que os hayan de degollar.
 Yo vos lo dije, sobrino,
 que vos dejásedes de amar,
 que el que las mujeres ama
 atal galardón le dan,
 que haya de morir por ellas
 y en las cárceles penar. —
 Respondiera el buen conde
 con esfuerzo singular:
 — Calledes por Dios, mi tío,
 no me queráis enojar,
 quien no ama las mujeres
 no se puede hombre llamar;
 mas la vida que yo tengo
 por ellas quiero gastar. —
 Respondió el paje chico,
 tal respuesta le fué á dar:
 — Conde, bienaventurado

muy temprano de tema favorito á los glosadores, y que las dos versiones conocidas, aunque purificadas de las interpolaciones manifiestas, tienen todavía apariencias de refundiciones y amplificaciones, en oposicion con la sencillez de lo restante. — Queda pues libre el campo á la conjetura, y séanos lícito, sacando de las dos versiones antiguas los versos que tenemos por genuinos, de aventurar un texto un tanto mas aproximativo al primitivo que diria así:

— Pésame de vos, el conde,
 cuanto me puede pesar,
 que los yerros por amores
 dignos son de perdonar.
 Supliqué por vos al rey,
 nunca me quiso escuchar,
 antes ha dado sentencia
 que os hayan de degollar.
 Más os vallera, sobrino,

de las damas no curar,
 que firmeza de mujeres
 no puede mucho durar.
 — Calledes por Dios, mi tío,
 no me queráis enojar,
 que tales palabras, tío,
 no las puedo comportar;
 quiero mas morir por ellas
 que vivir sin las mirar. —

siempre os deben de llamar,
 porque muerte tan honrada
 por vos habia de pasar;
 mas envidia he de vos, conde¹,
 que inancilla ni pesar:
 mas querria ser vos, conde,
 que el rey que os manda matar,
 porque muerte tan honrada
 por mi hubiese de pasar.

*Llaman² yerro la fortuna
 quien no la sabe gozar,
 la priesa del cadahalso
 vos, conde, la debeis dar;
 si no es dada la sentencia
 vos la debeis de firmar. —*

El conde que esto oyera
 tal respuesta le fué á dar:
 — Por Dios te ruego, el paje,
 en amor de caridad,
 que vayas á la princesa
 de mi parte á le rogar,
 que suplico á su Alteza
 que ella me salga á mirar,
 que en la hora de mi muerte
 yo la pueda contemplar,
 que si mis ojos la veen
 mi alma no penará³. —

1 Tambien desde este verso hasta él de *Vos la debeis de firmar*, debia ser un tema favorito de los trovadores: así hay en el Cancionero general y él de rom. un romance contrahecho por Lope de Sosa, con villancico, que Sória ha glosado; y tambien en este pasaje se deja sentir en nuestro texto ya la mano artística, pues tiene su puntita de afectado. Serian ya interpolados los versos que hemos im-

preso en letra *cursiva*. — De haber contrahecho Lope de Sosa un trozo de nuestro romance, se puede concluir, que este ya á mediados del siglo XV, cuando aquel trovador vivió, corria en mano de todos. Véase Clemencin al Quijote, Tomo V pag. 391.

2 llama Floresta.

3 mi alma no ha de penar. Las ed. post. del Canc. de rom.

Ya se parte el pajecico,
 ya se parte, ya se va,
 llorando de los sus ojos
 que queria reventar.
 Topara con la princesa,
 bien oiréis lo que dirá:
 — Agora es tiempo, señora,
 que hayais de remediar,
 que á vuestro querido el conde
 lo llevan á degollar. —
 La infanta que esto oyera
 en tierra muerta se cae¹;
 damas, dueñas y doncellas
 no la pueden retornar²,
 hasta que llegó su aya
 la que la fué á criar.
 — ¿Qué es aquesto, la infanta?
 aquesto, ¿qué puede estar?
 — ¡Ay triste de mí, mezquina,
 que no sé qué puede estar!
 ¡que si al conde me matan
 yo me habré desesperar³!
 — Saliésedes vos, mi hija,
 saliésedes á lo quitar⁴. —
 Ya se parte la infanta,
 ya se parte, ya se va:
 fuése para el mercado
 donde lo han de sacar.
 Vido estar el cadahalso
 en que lo han de degollar,
 damas, dueñas y doncellas

1 fué á dar Flor.

2 recordar Silva.

3 yo habré desesperar Las ed. post.
del Canc.

yo me iré á desesperar Flor.

4 saliésedeslo quitar Canc. de rom.
s. a. y 1550.

saliésedeslo á quitar Silva y Las ed.
post. del Canc. Flor.

que lo salen á mirar.

Vió venir la gente de armas

que lo traen á matar,

los pregoneros delante

por su yerro publicar.

Con el poder de la gente

ella no podia pasar.

— Apartádvos, gente de armas,

todos me haced lugar,

¡si no! ... ¡por vida del rey,

á todos mande matar! —

La gente que la conoce

luego le hace lugar,

hasta que llegó al conde

y le empezara de hablar:

— Esforzá, esforzá, el buen conde,

y no queráis desmayar,

que aunque yo pierda la vida,

la vuestra se ha de salvar. —

El alguacil¹ que esto oyera

comenzó de caminar;

vase para los palacios

adonde el buen rey está.

— Cabalgue la vuestra Alteza,

aprieta, no de vagar,

que salida es la infanta

para el conde nos quitar.

Los unos manda que maten,

y los otros enforcar:

si vuestra² Alteza no socorre,

yo no puedo remediar. —

El buen rey de que esto oyera

comenzó de caminar,

y fuése para el mercado

1 El alcalde Flor.

2 si tu Silva.

ado el conde fué á hallar.

— ¿Qué es esto, la infanta?

aquesto, ¿qué puede estar?

¿La sentencia que yo he dado

vos la quereis revocar?

Yo juro por mi corona,

por mi corona real,

que si heredero tuviese

que me hubiese de heredar,

que á vos y al conde Claros

vivos vos haria quemar.

— Que vos me mateis, mi padre,

muy bien me podeis matar,

mas suplico á vuestra Alteza,

que se quiera él acordar

de los servicios pasados

de Reinaldos de Montalvan,

que murió en las batallas,

por tu corona ensalzar:

por los servicios del padre

al hijo debes galardonar;

por malquerer de traidores

vos no le debeis matar,

que su muerte será causa

que me hayais de disfamar.

Mas suplico á vuestra Alteza

que se quiera aconsejar,

que los reyes con furor

no deben de sentenciar,

porque el conde es de linaje

del reino mas principal,

porque él era de los doce

que á tu mesa comen pan.

Sus amigos y parientes

todos te querrian mal,

revolver te hian guerra,
 tus reinos se perderán. —
 El buen rey que esto oyera
 comenzara á demandar:
 — Consejo os pido, los míos,
 que me queráis aconsejar. —
 Luego todos se apartaron
 por su consejo tomar.
 El consejo que le dieron,
 que le haya de perdonar
 por quitar males y bregas,
 y por la princesa afamar.
 Todos firman el perdon,
 el buen rey fué á firmar:
 también le aconsejaron,
 consejo le fueron dar,
 pues la infanta quería al conde,
 con él haya de casar.
 Ya desfierran al buen conde,
 ya lo mandan desferrar:
 descabalga de una mula,
 el arzobispo á desposar.
 El tomóles de las manos,
 así los hubo de juntar¹.
 Los enojos y pesares
 en placer hubieron de tornar².

Canc. de rom. s. a. fol. 83. — Canc. de rom. 1550 fol. 82. —
 Silva de 1550 t. II. fol. 182. — Floresta de var. rom.*

¹ jurar Silva.

² placeres se han de tornar Las ed. |
 post. del Canc.

en placer van á tornar Flor.

* Siguen en las ediciones posteriores del Cancionero de romances y en la Floresta dos décimas glosando otra vez el diálogo entre el arzobispo (*Su tío al conde*) y el conde (*Respuesta y fin*) en la cárcel. Luego viene en el Canc. de rom. la otra versión que hemos mencionado al mismo pasaje de nuestro texto desde el verso que dice: *Pesame de vos, el conde*, y que anotamos aquí:

191.

(Conde Claros. — II.)

A caza va el emperador
 á Sant Juan de Montiña;
 con él iba el conde Claros
 por le tener compañía.
 Contándole iba, contando
 el gran menester que tenia.
 — No me lo digais, el conde,
 hasta despues á la venida.
 — Mis armas tengo empeñadas
 por mil marcos de oro y mas,
 otros tantos debo en Francia
 sobre mi buena verdad.
 — Llámenme mi camarero
 de mi cámara real;
 dad mil marcos de oro al conde
 para sus armas quitar;

Otro romance del conde Claros.

Pésame de vos, el conde,
 porque así os quieren matar,
 porque el yerro que hecistes
 no fué mucho de culpar;
 que los yerros por amores
 dignos son de perdonar.
 Supliqué por vos al rey,
 que os mandase delibrar,
 mas el rey con gran enojo
 no me quisiera escuchar;
 que la sentencia era dada
 no se podía* revocar,
 pues dormistes con la infanta
 habiéndola de guardar.
 Mas os valiera, sobrino,
 de las damas no curar,

que quien mas hace por ellas
 tal espera de alcanzar,
 que de muerto ó de perdido
 ninguno puede escapar;
 que firmeza de mujeres
 no puede mucho durar.
 — Que tales palabras, tío,
 no las puedo comportar,
 quiero mas morir por ellas
 que vivir** sin las mirar.

Cancionero de Constantina.
 f. 56. — Canc. gen. ed. de
 1511. fol. 131. — Canc. de
 rom. s. a. f. 90. — Canc.
 de rom. 1550. f. 90.

* podría Canc. de Constantina.

** morir Canc. de rom. s. a. y 1550.

Hay en fin tambien una version portuguesa muy popular de este romance del conde Claros, la cual lleva inserta con el título de: Claralinda, el señor Almeida-Garrett en su Romanceliro, Tomo II. pag. 213. *

dad mil marcos de oro al conde
 para mantener verdad;
 dalde otros tantos al conde
 para vestir y calzar;
 dalde otros tantos al conde
 para las tablas jugar;
 dalde otros tantos al conde
 para torneos armar;
 dalde otros tantos al conde
 para con damas folgar.

— Muchas mercedes, señor,
 por esto y por mucho mas.

A la infanta Claraniña
 vos por mujer me la dad.

— Tarde acordastes, el conde,
 que mandada la tengo ya.

— Vos me la dareis, señor,
 acabo que no querais,
 porque preñada la tengo
 de los seis meses ó mas. —

El emperador que esto oyera
 tomó de ello gran pesar:
 vuelve riendas al caballo,
 y tornóse á la ciudad:
 mandó llamar las parteras
 para la infanta mirar.

Allí habló la partera,
 bien veréis lo que dirá:

— Preñada está la infanta
 de los seis meses ó mas. —

Mandóla prender su padre
 y meter en escuridad,
 el agua hasta la cinta
 porque pudriese la carne,
 y perezca la criatura,

que no viva de tal padre.
 Los caballeros de su casa
 se la iban á mirar.

— Pésanos de vos, señora,
 cuanto nos puede pesar,
 que de hoy en quince dias
 el emperador os manda quemar.

— No me pesa de mi muerte
 porque es cosa natural,
 pésame de la criatura,
 porque es hijo de buen padre;
 mas si hay aquí alguno
 que haya comido mi pan,
 que me llevase una carta
 á don Claros de Montalvan. —

Allí habló un paje suyo,
 tal respuesta le fué á dar:

— Escribilda vos, señora,
 que yo se la iré á llevar. —

Ya las cartas son escritas,
 el paje les va á llevar;
 jornada de quince dias
 en ocho la fuera á andar.

Llegado habia á los palacios
 adonde el buen conde está.

— Bien vengais, el pajecico,
 de Francia la natural,
 ¿qué nuevas me traeis
 de la infanta? ¿cómo está?

— Leed las cartas, señor,
 que en ellas os lo dirá. —

Desque las hubo leido
 tal respuesta le fué á dar:

— Uno me da que la quemen,
 otro¹ me da que la maten. —

Ya se partía el conde,
 ya se parte, ya se va,
 jornada de quince días
 en ocho la fuera á andar.
 Fuérase á un monasterio
 donde los frailes están;
 quitóse paños de seda,
 vistió hábitos de fraile:
 fuérase á los palacios
 de Carlos el emperante.
 — Mercedes, señor, mercedes,
 queráismelas otorgar,
 que á mi señora la infanta
 vos me la dejais confesar. —
 Ya lo llevaban al fraile
 á la infanta confesar.
 En lugar de confesarla¹
 de amores le fué á hablar.
 — Tate, tate, dijo, fraile,
 que á mí no llegarás,
 que nunca llegó á mí hombre
 que fuese vivo en carne,
 sino solo aquel don Claros,
 don Claros de Montalvan,
 que por mis grandes pecados
 por él me quieren quemar.
 No doy nada por mi muerte
 pues que es cosa natural,
 mas pésame de la criatura
 porque es hijo de buen padre. —
 Ya se iba el confesor
 al emperador hablar:
 — Mercedes, señor, mercedes,

¹ El cuando se vió con ella. Las ediciones posteriores del Canc. de rom.

queráismelas otorgar,
 que mi señora la infanta
 sin ningun pecado está. —
 — ¡Ay!, habló el caballero
 que con ella queria casar,
 — Mentides, fraile, mentides,
 que no decis la verdad. —
 Desafianse los dos,
 al campo van á lidiar;
 al apretar de las cinchas
 conociólo el emperante:
 dijo que el fraile es don Claros,
 don Claros de Montalvan.
 Mató el fraile al caballero,
 la infanta librado ha,
 en ancas de su caballo
 consigo la fué á llevar.

Canc. de rom. 1550. fol. 291.*

192.

(Conde Claros. — III.)

Romance de don Claros de Montalban, el cual trata de las diferencias que hubo con el emperador por los amores de la princesa su hija.

A misa va el emperador
 á san Juan de la Montaña,
 con él iba el conde Claros
 por le tener compañía;
 contándole iba contando

* Véase la versión portuguesa, mas moderna que la castellana, pero no menos popular, en el Romancero del señor Almeida-Garrett, Tomo II. pag. 192: „Dom Claros d'Alem-Mar.“

el menester que tenia,
 dícele de esta manera,
 de esta manera decia:
 — Dístesme, el emperador,
 el castillo de Montalban,
 dítesmelo por mi bien,
 yo tomélo por mi mal:
 los moros me lo han cercado
 la mañana de san Juan,
 tiénelo tan bien cercado
 que no lo basto á descercar.
 Por mi gran desventura
 y mi gran necesidad
 mis armas tengo empeñadas
 por mil doblas de oro y mas,
 otras tantas debo en Francia
 sobre mi buena verdad;
 mis caballeros, el rey,
 no hé con que los gobernar,
 y una hermana que tengo,
 no hé con que la casar:
 que en todos mis palacios
 no entiendo que hay un pan;
 si yo me lo como, el rey,
 ¿los míos qué comerán?
 Si vuestra Alteza no socorre,
 yo me iré moro á tornar:
 que mas quiero perder la vida
 que yo tal vida pasar. —
 Respondió el emperador
 movido de piedad:
 — No desmayeis, el buen conde,
 no querades desmayar,
 que para esto son los hombres
 para pasar bien y mal;

mas Dios os lo perdone, conde,
que antes debierais hablar. —

Mandó llamar á su tesorero,
su tesorero real,
dícele de esta manera,
empezóle de mandar:

— Da mil doblas de oro al conde
para su verdad guardar,
y darle has otras mil
para sus armas quitar,
dale tambien otras mil
para con damas holgar. —

A Oliveros y Montesinos
mandara luego llamar,
y tambien al esforzado
ese paladin Roldan,
y á Urgel de las Marchas,
y al fuerte Merian,
y que tomasen la gente,
y fuesen luego á Montalban.

Desde esto oyera el conde
tal respuesta le fué á dar:

— Muchas gracias, el buen rey,
por la buena voluntad,
que yo tengo tantos tesoros
que puedo bien emprestar;
mas una merced os pido,
esta no me habeis de negar,
que me caseis con la infanta
vuestra hija natural. —

Respondiera el buen rey,
tal respuesta le fué á dar:

— Ya no es tiempo, el conde Claros,
de aqueso vos hablar,
que la tengo prometida

al honrado don Beltran,
 y por esto, el buen conde,
 á vos no la puedo dar:
 que vos sois niño y mochacho
 para tal mujer tomar.

— Yo os beso las manos, rey,
 pues me quereis deshonrar. —

Y fuérase para su casa
 para haber de reposar.

Ya se retrae el buen conde
 la siesta por descansar,
 porque la noche pasada
 no la pudo reposar
 por amores de la infanta
 su señora natural.

Congojas le congojaban,
 suspiros no dan lugar,
 viéndose en tal agonía
 comenzara de hablar:

— ¡Oh maldito seas, Cupido!
 ¡y Vénus otro que tal!
 porque así me habeis metido
 en este fuego infernal,
 que de noche yo no duermo,
 ni de dia puedo holgar,
 que si la causa tal no fuese
 me iria á desesperar;
 mas en ser quien es la causa
 es dicha poder penar,
 si de ello ha de ser servida
 ella, pues no tiene par;
 que, aunque mil veces muriese,
 es nada por alcanzar
 de conocer ser querido
 por obras ó por pensar:

porque solo su favor
 es mas que se puede dar. —
 Dió voces al camarero
 que se quiere levantar.
 Vistese un jubon chapado
 que no se puede estimar,
 y de oro de martillo*
 un mote bien de notar
 en su brazo, que decia:
 „¡Gran dolor es desear!“
 y unas calzas bigarradas
 de perlas ricas sin par
 con un mote, que decia:
 „No tiene nombre mi mal.“
 Y unos zapatos franceses
 de un carmesí singular,
 con unas llamas de fuego,
 relumbran como un cristal,
 el mote que tiene escripto
 es este que oiréis nombrar:
 „Aunque de continuo arden
 no se acaban de quemar.“
 Y una ropa rozagante,
 sobre ella un rico collar,
 el mote de ella decia:
 „Es un dolor desigual.“
 Y una gorra en la cabeza
 que no se puede estimar,
 con tres letras coronada,
 y el mote muy singular:
 „¡Es tan alto mi deseo
 que no hay mas que desear!“

* Este verso, omiso en nuestro texto, se hemos tomado de la version de este romance, hecha por Antonio Pansac,

que dice:

Durmiendo está el conde Claros.
 Véase al Rom. gen. del señor Duran.
 Tomo I. pag. 222.

Cabalgó en una hacanea,
la cual hizo ataviar
de una guarnicion muy rica,
y las riendas, y el petral
lleno de unas campanillas
que de oro era el metal,
y unas lágrimas sembradas,
y el mote no de olvidar:

„Sin doleros vos, señora,
no se pueden acabar.“

Con doce mozos de espuelas
para le acompañar,
vestidos de la librea
de aquella dama sin par:
los jubones del morado,
sayos de desesperar,
todas las mangas derechas
les hizo el conde bordar
de unas matas de ruda,
que querian ya granar,
el mote de ellas decia:

„¡Mas amargo es esperar!“

Envía delante un paje
por su Alteza avisar,
que el conde la quiere ver
por las manos le besar.
Antes que el paje tornase
el conde fuera á llegar;
los porteros que lo veen
las puertas abierto le han.
La princesa estaba sola,
retraida por rezar,
entrara el conde con ella,
y empíezale de contar
lo que el rey le habia dicho

sin un punto le faltar:
 — Por eso os cumple ir conmigo
 al castillo de Montalban:
 que quiero ir á vuestro padre
 á todo se lo contar.
 Irnos hemos en mis tierras,
 poneros hé en libertad:
 allí podréis, señora, parir,
 allí podréis, señora, criar;
 que sabé que vuestro padre
 á don Beltran os quiere dar. —
 Mandó armar trescientos hombres
 que la hubiesen de llevar,
 mandó poner en armas su tierra,
 si quieren nada demandar.
 Vase á hablar con el rey,
 y apartólo en puridad,
 dícele de esta manera,
 y empezóle de hablar:
 — Ya sabedes, el buen rey,
 lo que os fuera á rogar,
 que me diésedes la infanta
 por mi mujer natural.
 Decis que yo soy mochacho
 para tal mujer tomar:
 ahora sabed de cierto,
 y en esto no hay que dubdar,
 que si yo la quiero mucho,
 ella á mí mucho mas;
 y aun de mí está preñada
 que en el mes queria entrar. —
 Estas palabras diciendo
 á huir empezó andar.
 El rey á muy grandes voces
 mandábalo ir á tomar.

Ya es salido del palacio
en un caballo alazan,
por las calles de Paris
lleva muy grande aguijar.
Caballeros que lo veen,
sálenlo á acompañar:
con él iba Oliveros,
con él iba don Roldan.
Desque son por el camino
empiézanlo á interrogar:
— ¿Para dónde vais, buen conde?
digádesnos la verdad,
que ya sabeis que de nosotros
no vos debeis de guardar. —
Allí les habló el buen conde
lo que el rey fuera á hablar,
y como envió la infanta
á tierras de Montalban.
Don Roldan que lo oyera
empezóse á maravillar:
cómo habia sido osado
de tal empresa tomar.
El consejo que le dieron,
y que le fuéron á dar:
que se fuese en sus tierras,
y se pusiese en libertad,
y que ellos tornarian
al buen rey á le rogar:
os la diese por mujer,
pues que allá así le place.
Ya se torna Oliveros,
ya se torna don Roldan;
á las puertas de Paris
gran gente vieron estar,
dícenles de esta manera,

y empiézanles á demandar:
— Esforzados caballeros,
¿qué tierras vais conquistar? —
Allí habló el mayor de ellos
que se dice don Beltran:
— Vamos á prender al conde
don Claros de Montalban,
que el rey tiene jurado
de hacerlo degollar. —
Respondiera Oliveros,
y ese paladin Roldan:
— Esperá un poco, señor,
esforzado don Beltran,
iría por mi caballo,
mis armas me iría armar,
y yo me iría con vos
para haberos de ayudar:
prenderemos al conde Claros,
y á la infanta otro que tal,
haréis degollar al conde,
y con la infanta vos casarán,
pues que os la ha prometido,
y que no os la ha de quitar. —
Y despidiéronse dél
apriesa y no de vagar.
Todo esto hacian ellos
por hacerlos esperar,
y que el conde hubiese tiempo
de á sus tierras llegar.
Ibanse á rienda suelta
donde al rey han de hallar:
dícenle de esta manera,
comiéndanle de hablar;
— De vuestro enojo nos pesa
cuanto nos puede pesar;

venimos á daros consejo
 si lo quisiéredes tomar:
 que casedes á la infanta
 con don Claros de Montalban. —
 El rey, pues que mas no pudo,
 fuéraselo á otorgar.
 Enviaban por la infanta,
 y por el conde otro que tal:
 ricas bodas le hicieran
 en Paris esa ciudad.

Aquí se contienen quatro rom. viejos. Y este primero
 es de don Claros de Montalvan. etc. Pliego suelto
 del siglo XVI.*

* Existe, como queda dicho, tambien en un pliego suelto una version de este romance, trobada, segun el ejemplar de que se ha aprovechado el señor Duran (l. c.), por Antonio Pansac, y segun el ejemplar del British Museum: fecha por Juan de Burgos (s. l. n. a.); esta version, aunque diferente en el principio y fin de nuestro texto, contiene todavia trozos enteros de él. — El autor de este romance contrahecho es en verdad, como dice el señor Duran, „solo refundidor de otro mas antiguo“, vale decir del nuestro.

ROMANCES DE CALAINOS.

Romance del moro Calainos de cómo requeria de amores á la infanta Sevilla, y ella le demandó en arras tres cabezas de los doce pares de Francia. — I.

Ya cabalga Calainos
 á la sombra de una oliva,
 el pié tiene en el estribo,
 cabalga de gallardia.
 Mirando estaba á Sansueña,
 al arrabal¹ con la villa,
 por ver si veria algun moro
 á quien preguntar podría.
 Por los palacios venia
 la linda infanta Sevilla²;
 vido estar un moro viejo
 que á ella guardar solia.
 Calainos que lo vido
 llegado allá se habia;
 las palabras que le dijo
 con amor y cortesía:
 — Por Alá³ te ruego, moro,
 así te alargue la vida,
 que me muestres los palacios
 donde mi vida vivia⁴,
 de quien triste soy cativo,

1 su gran torre Floresta.
 2 ó quien preguntar podría
 donde estaban los palacios
 á do Sevilla vivia Floresta.

3 Por Dios Floresta.
 4 do está la infanta Sevilla Floresta.

y por quien pena tenia,
 que cierto por sus amores
 creo yo perder la vida;
 mas si por ella la pierdo
 no se llamará perdida,
 que quien muere por tal dama
 desde muerto tiene vida ¹.
 Mas porque me entiendas moro,
 por quien preguntado habia
 es la mas hermosa dama
 de toda la Morería,
 sepas que á ella la llaman
 la grande ² infanta Sevilla. —
 Las razones que pasaban
 Sevilla bien las oia:
 púsose á una ventana,
 hermosa á maravilla,
 con muy ricos atavios,
 los mejores que tenia.
 Ella era tan hermosa,
 otra su par no la habia ³.
 Calainos que la vido
 de esta suerte le decia:
 — Cartas te traigo, señora,
 de un señor á quien servia:
 creo que es el rey tu padre
 porque Almanzor se decia:
 descendé de la ventana
 sabrás la mensajería ⁴. —
 Sevilla cuando lo oyera
 presto de allí descendia:
 apeóse Calainos,

1 buena fortuna le guía Floresta.

2 linda Floresta.

3 era mujer muy hermosa,
 y acabada en demasía. Floresta.

4 si bajais de la ventana
 sabréis la mensajería Floresta.

gran reverencia le hacia.
 La dama cuando esto vido
 tal pregunta le hacia:
 — ¿Quien sois vos el caballero,
 que mi padre acá os envía?
 — Calainos soy, señora,
 Calainos él de Arabia,
 señor de los Montes Claros.
 De Costantina la llana,
 y de las tierras del Turco
 yo gran tributo llevaba,
 y el Preste Juan de las Indias
 siempre parias me enviaba,
 y el Soldan de Babilonia
 á mi mandar siempre estaba:
 reyes y principes moros
 siempre señor me llamaban,
 sino es el rey vuestro padre,
 que yo á su mandado estaba,
 no porque le he menester¹,
 mas por nuevas que me daban
 que tenia una hija
 á quien Sevilla llamaban,
 que era mas linda mujer
 que cuantas moras se hallan².
 Por vos le serví cinco³ años
 sin sueldo⁴ ni sin soldada;
 él á mí no me la dió,
 ni yo se la demandaba.
 Por tus amores, Sevilla,
 pasé yo la mar salada,
 porque he de perder la vida

1 no porque yo se lo debo Flor.
 2 y que era la mas hermosa
 de cuantas moras se hallan. Flor.

3 siete Flor.
 4 interes Flor.

ó has de ser mi enamorada. —

Cuando Sevilla esto oyera
esta respuesta le daba:

— Calainos, Calainos,
de aqueso yo no sé nada¹,
que siete amas me criaron,
seis moras y una cristiana.
Las moras me daban leche,
la otra me aconsejaba;
segun que me aconsejaba
bien mostraba ser cristiana.

Diérame muy buen consejo,
y á mí bien se me acordaba²:
que jamás yo prometiese³
de nadie ser namorada,
hasta que primero hubiese
algun buen dote ó arras⁴. —
Calainos que esto oyera
esta respuesta le daba:

— Bien podeis pedir, señora,
que no se os negará nada:
si quereis castillos fuertes,
ciudades en tierra llana,
ó si quereis plata ú oro
ó moneda amonedada. —

Y Sevilla, aquestos dones,
como no los estimaba,
respondióle: — Si queria⁵
tenella por namorada,
que vaya dentro á Paris,
que en medio de Francia estaba⁶,

1 de eso yo no soy vezada Flor.

2 esta me dió un consejo
de que bien me acordaba Flor.

3 permitiese Floresta.

4 dél algun dote ó arra Floresta.

5 Sevilla oyendo estos dones
todos se los desechaba;

sino que si él queria Floresta.

6 que era ciudad en la Francia Flor.

y le traiga tres cabezas
 cuales ella demandaba,
 y que si aquesto hiciese
 sería su enamorada. —
 Calainos cuando oyó
 lo que ella le demandaba
 respondióle muy alegre,
 aunque ¹ él se maravillaba
 dejar villas y castillos
 y los dones que le daba
 por pedirle tres cabezas
 que no le costarán nada:
 dijo que las señalase,
 ó diga cómo se llaman ².
 Luego la infanta Sevilla
 se las empezó á nombrar:
 la una es de Oliveros,
 la otra de don Roldan,
 la otra del esforzado
 Reinaldos de Montalvan.
 Ya señalados los hombres ³
 á ⁴ quien habia de buscar,
 despídese Calainos
 con muy cortes hablar:
 — Déme la mano tu Alteza,
 que se la quiero besar,
 y la fe y prometimiento
 de conmigo te casar,
 cuando traiga las cabezas
 que quesiste demandar.
 — Pláceme, dijo, de grado
 y de buena voluntad. —
 Allí se toman las manos,

1 que él Floresta.

2 ó cómo se llamarán Floresta.

3 nombres Floresta.

4 y á Floresta.

la fe se hubieron de dar
 que el uno ni el otro ¹
 no se pudiesen casar
 hasta que el buen Calainos
 de allá hubiese de tornar,
 y que si otra cosa fuese
 la enviaria avisar.

Ya se parte Calainos,
 ya se parte, ya se va:
 hace broslar ² sus pendones
 y en todos una señal;
 cubiertos de ricas lunas,
 teñidas en sangre van ³.
 En camino es Calainos
 á los franceses buscar ⁴:
 andando jornadas ciertas
 á Paris llegado ha.

En la guardia de Paris
 cabe San Juan de Letran,
 allí levantó su seña
 y empezara de hablar:
 — Tañan luego esas trompetas
 como quien va á cabalgar,
 porque me ⁵ sientan los doce
 que dentro en Paris están. —
 El emperador aquel dia
 habia salido á cazar:
 con él iba Oliveros,
 con él iba don Roldan,
 con él iba el esforzado
 Reinaldos de Montalvan;
 tambien el Dardin Dardeña,

1 que ni el uno, ni el otro Flor.

2 bordar Floresta.

3 de color de sangre están Floresta.

4 Ya camina Calainos,

camino de Francia va Floresta.

5 lo Floresta.

y el buen viejo don Beltran,
 y ese Gaston y Claros¹
 con el romano Final²:
 tambien iba Valdovinos,
 y Urgel en fuerzas sin par³,
 y tambien iba Guarinos
 almirante de la mar.

El emperador entre ellos
 empezara de hablar:

— Escuchad, mis caballeros,
 que tañen á cabalgar⁴. —

Ellos estando escuchando
 vieron un moro pasar;
 armado va á la morisca,
 empiézanle de llamar,
 y ya que es llegado el moro
 do el emperador está,
 el emperador que lo vido
 empezóle á preguntar:

— Di, ¿adonde vas tú, el moro?
 ¿cómo en Francia osaste entrar?

¡Grande osadia tuviste
 de hasta Paris llegar! —

El moro cuando esto oyó
 tal respuesta le fué á dar:

— Vo á buscar al emperante⁵

de Francia la natural,
 que le traigo una embajada
 de un moro principal,
 á quien sirvo de trompeta,
 y tengo por capitan. —

El emperador que esto oyó

1 Gaston de Claros Floresta.
 2 y aquel romano Fincau Floresta.
 3 de la fuerza grande Floresta.

4 que tañen en la ciudad Floresta.
 5 Busco al emperador Floresta.

luego le fué á demandar
 que dijese que queria,
 por qué á él iba á buscar ¹;
 que él es el emperador Cárlos ²
 de Francia la natural.

El moro cuando lo supo
 empezóle de hablar:

— Señor, sepa tu Alteza ³,
 y tu corona ⁴ imperial,
 que ese moro Calainos,
 señor, me ha enviado acá,
 desafiando á tu Alteza
 y á todos los doce pares ⁵,
 que salgan lanza por lanza
 para con él pelear.

Señor, veis allí su seña,
 donde los ha ⁶ de aguardar:
 pordóneme vuestra Alteza,
 que respuesta le vo á dar. —
 Cuando fué partido el moro
 el emperador fué á hablar:

— ¡Cuando yo era mancebo,
 que armas solia llevar,
 nunca moro fué osado
 de en toda Francia asomar;
 mas agora que soy viejo
 á Paris los veo llegar!
 No es mengua de mí solo
 pues no puedo pelear,
 mas es mengua de Oliveros,
 y asimesmo de Roldan;
 mengua de todos los doce,

1 qué era lo que queria
 que así lo iba á buscar Floresta.

2 Yo soy el emperador Floresta.

3 tu Majestad sepa Floresta.

4 cetro Floresta.

5 y á cuantos contigo están Flor.

6 donde tiene Floresta.

y de cuantos aquí están.
 Por Dios á Roldan me llamen
 porque se vaya á pelear¹
 con el moro de la enguardia²
 y lo haga de allí quitar:
 que lo traiga muerto ó preso,
 porque se haya de acordar
 de cómo viene á Paris
 para me desafiar. —
 Don Roldan cuando esto oyera
 empíezale de hablar:
 — Excusado es, señor,
 de enviarme á pelear,
 porque teneis caballeros
 á quien podeis enviar,
 que cuando son entre damas
 bien se saben alabar,
 que aunque vengan dos mil moros
 uno los esperará³,
 cuando son en la batalla
 véolos tornar atrás. —
 Todos los doce callaron
 si no el menor de edad,
 al cual llaman Valdovinos,
 en el esfuerzo muy grande⁴;
 las palabras que dijera
 eran con riguridad⁵:
 — Mucho estoy maravillado
 de vos, señor don Roldan,
 que amengüeis todos los doce⁶
 vos que los habiades de honrar:
 si no fuérades mi tio

1 que lo quiero enviar Floresta.
 2 á aquel moro de la guardia Flor.
 3 los osarán guardar Floresta.
 4 de animo principal Floresta.

5 cierto fueron de notar Floresta.
 6 que menos precies los menosprecies
 doce Flor.

con vos me fuera á matar,
 porque entre todos los doce
 ninguno podeis nombrar,
 que lo que dice de boca
 no lo sepa hacer verdad. —
 Levantóse con enojo
 ese paladin Roldan;
 Valdovinos que esto vido
 tambien se fué á levantar,
 el emperador entre ellos
 por el enojo quitar.
 Ellos en aquesto estando,
 Valdovinos fué á llamar
 á los mozos que traia;
 por las armas fué á enviar.
 El emperador que esto vido
 empezóle de rogar
 que le hiciese un placer,
 que no fuese á pelear,
 porque el moro era esforzado,
 podría maltratar,
 — que aunque ánimo tengais
 la fuerza os podria faltar,
 y el moro es diestro en armas,
 vezado á pelear¹. —
 Valdovinos que esto oyó
 empezóse á desviar
 diciendo al emperador
 licencia le fuese á dar,
 y que si él no se la diese
 que él se la queria tomar.
 Cuando el emperador vido
 que no lo podia excusar,

1 Era diestro el moro en armas,
 muy vezado á pelear. Floresta.

cuando llegaron sus armas
 él mesmo le ayudó á armar:
 dióle licencia que fuese
 con el moro á pelear.

Ya se parte Valdovinos,
 ya se parte, ya se va,
 ya es llegado á la guardia
 do Calainos está.

Calainos que lo vido
 empezóle así de hablar:

— Bien vengais el francesico¹,
 de Francia la natural,
 si quereis vivir² conmigo
 por paje os quiero llevar³;
 llevaros he á mis tierras
 do placer podais tomar. —

Valdovinos que esto oyera
 tal respuesta le fué á dar:

— Calainos, Calainos,
 no debíades así de hablar,
 que ántes que de aquí me vaya
 yo os lo tengo de mostrar
 que aquí moriréis primero
 que por paje me tomar⁴. —

Cuando el moro aquesto oyera
 empezó así de hablar:

— Tórnate, el francesico,
 á Paris, esa ciudad,
 que si esa porfia tienes
 caro te habrá de costar,
 porque quien entra en mis manos⁵
 nunca puede bien librar. —

1 el caballero Floresta.

2 venir Floresta.

3 tomar Floresta.

4 vengo á matarme contigo,

no para contigo estar. Floresta.

5 hombre que á mis manos viene Flor.

Cuando el mancebo esto oyera
 tornóle á porfiar
 que se aparejase presto
 que con él se ha de matar.
 Cuando el moro vió al mancebo
 de tal suerte porfiar,
 díjole: — Vente, cristiano,
 presto para me encontrar,
 que ántes que de aquí te vayas
 conocerás la verdad,
 que te fuera muy mejor
 conmigo no pelear. —
 Vanse el uno para el otro,
 tan recio que es de espantar¹.
 A los primeros encuentros
 el mancebo en tierra está.
 El moro cuando esto vido²
 luego se fué apear:
 sacó un alfanje muy rico
 para habelle de matar;
 mas ántes que le hiriese
 le empezó de preguntar
 quién ó cómo se llamaba,
 y si es de los doce pares.
 El mancebo estando en esto
 luego dijo la verdad,
 que le llaman Valdovinos,
 sobrino de don Roldan.
 Cuando el moro tal oyó
 empezóle de hablar:
 — Por ser de tan pocos dias,
 y de esfuerzo singular³
 yo te quiero dar la vida,

1 con un ánimo sin par Floresta.

2 El moro muy diligente Floresta.

3 principal Floresta

y no te quiero matar;
 mas quiérote llevar preso
 porque te venga á buscar
 tu buen pariente Oliveros,
 y ese tu tio don Roldan,
 y ese otro muy esforzado
 Reinaldos de Montalvan,
 que por esos tres ha sido
 mi venida á pelear. —
 Don Roldan allá do estaba
 no hace sino sospirar,
 viendo que el moro ha vencido
 á Valdovinos el infante.
 Sin mas hablar con ninguno
 don Roldan luego se parte¹,
 ibase para la guardia
 para aquel moro matar.²
 El moro cuando lo vido
 empezóle á preguntar
 quién es ó como se llama,
 ó si era de los doce pares.
 Don Roldan cuando esto oyó
 respondiérale muy mal:
 — Esa razon, perro moro,
 tú no me la has de tomar³,
 por que á ese á quien tú tienes⁴
 yo te lo haré soltar:
 presto aparéjate, moro,
 y empieza de pelear. —
 Vanse el uno para el otro
 con un esfuerzo muy grande⁵:
 danse tan recios encuentros

1 don Roldan se fué á armar Flor.
 2 por del moro se vengar Floresta.
 3 tú no lo has de preguntar Flor.

4 y ese á quien tienes preso Flor.
 5 con ánimo general Floresta.

que el moro caído ha;
 Roldan que al moro vió en tierra
 luego se fué apear:
 tomó el moro por la barba,
 empezóle de hablar:
 — Dime tú, traidor de moro¹,
 no me lo quieras negar²:
 ¿cómo tú fuiste³ osado
 de en toda Francia parar,
 ni al buen viejo emperador,
 ni á los doce desafiar⁴?
 ¿Cuál diablo te engañó
 cerca de Paris llegar? —
 El moro cuando esto oyera
 tal respuesta le fué á dar:
 — Tengo una cativa mora,
 mujer de muy gran linaje⁵:
 requerila yo de amores,
 y ella me fué á demandar
 que le diese tres cabezas
 de Paris, esa ciudad,
 que si estas yo le llevo
 conmigo habia de casar;
 la una es de Oliveros,
 la otra de don Roldan,
 la otra del esforzado
 Reinaldos de Montalvan. —
 Don Roldan cuando esto oyera
 así le empezó de hablar:
 — ¡Mujer que tal te pedia
 cierto te queria mal,
 porque esas no son cabezas

1 caído moro Floresta.

2 tú me lo quieras contar Flor.

3 quién te hizo tan Floresta.

4 y desafiar los doce,

y aquí poner tu señal? Floresta.

5 de linaje principal Flor.

que tú las puedes cortar!
 mas porque á ti sea castigo,
 y otro se haya de guardar
 de desafiar á los doce,
 ni venirlos á buscar, —
 echo mano á un estoque¹
 para el moro matar². —
 La cabeza de los hombros
 luego se la fué á cortar:
 llevóla al emperador,
 y fuésela á presentar.
 Los doce cuando esto vieron
 toman placer singular³
 en ver así⁴ muerto al moro,
 y por tal mengua le dar⁵.
 Tambien trajo á Valdovinos
 que él mismo lo fué á soltar.
 Así murió Calainos
 en Francia la natural,
 por manos del esforzado
 el buen paladin Roldan.

Canc. de Rom. s. a. f. 92. — Canc. de Rom. 1550. f. 91. —
 Floresta de var. rom.

1 á la su espada Floresta.
 2 degollar Floresta.
 3 Los doce de muy alegres
 todos le van á abrazar Floresta.

4 había Floresta.
 5 cosa de maravillar Floresta.

(Calainos.² — II.)

Romance de los doce pares de Francia.

En misa está el emperador
 allá en san Juan de Letran,
 con él está Baldovinos,
 y Urgel¹ de la fuerza grande,
 y con él Dardín Dardeña²,
 y don Cárlos de Montalban,
 con él está Oliveros,
 con él estaba Roldan,
 con él infante Gaiferos
 salido de captividad,
 con él estaban los doce
 que á su mesa comen pan;
 la misa dice un arzobispo,
 respóndele un cardenal.
 La misa es cuasi acabada,
 que la paz querian dar:
 por las enguardas³ de Francia
 vieron moros asomar.
 Subióse⁴ el emperador
 en altas torres á mirar,
 y vido un moro esforzado
 bien cerca de la ciudad:
 el moro en un pendon
 traia una rica señal
 broslada de ricas lunas
 vueltas en color de sangre
 (moro que tal seña trae

* Aunque en este romance el moro es llamado Bramante ó Bravante, no cabe duda, que se refiere al mismo asunto que el anterior.

1 Oger Pliego suelto no. 2.

3 enguardias Pl. s. 2.

2 con él Endordín Dordeña Pl. s. 2.

4 Subido se ha Pl. s. 2.

gana trae¹ de pelear).
 Envió cuatro moros suyos
 á don Cárlos el emperante
 mandándole desafíos
 á él y á los doce pares:
 que salgan lanza por lanza
 para con él se matar².
 Allí habló el emperador
 una razon singular:
 — Llamédesme á mi sobrino
 el esforzado don Roldan,
 aquel moro de la guardia
 de allí me lo haga apartar,
 y que arrastre su pendon
 por el suelo y su señal,
 por que moro no se alabe
 que en Francia osase entrar. —
 Bien lo oyera don Roldan
 que cerca se fuera á hallar,
 la respuesta que le dió
 era para lastimar:
 — No me place, el emperador,
 ni es de mi voluntad;
 no porque tenga temor
 ni vergüenza en pelear;
 mas caballeros conozco
 que haceis servir y honrar,
 y les dais el mesmo sueldo
 que dais á mí don Roldan,
 y cuando son entre damas
 sábensse bien alabar;
 mas si vergüenza tuviesen
 á vos no cumpliera hablar. —
 Allí habló Baldovinos,

1 tiene Pl. s. 2.

2 con él se ha de matar Pl. s. 2.

niño de poca edad,
 mozo era de quince años,
 en diez y seis quiere entrar:
 — Dadme licencia, emperador,
 si no, yo me la iré á tomar.
 Aquel moro de la guardia
 de allí lo haré apartar¹,
 yo le traeré aquí preso²,
 y le podréis hacer matar;
 pues mi tío don Roldan
 á todos quiso deshonar,
 no deshonoró á mí solo,
 mas á cuantos aquí están:
 que si mi tío no fuera
 respuesta le fuera á dar.
 — Calledes vos, el mi hijo,
 sangre mia natural,
 que aquel moro que allí viene
 esforzado le veis³ estar,
 y vos sois niño y mochacho
 para las armas tomar. —
 Ya se parte Baldovinos,
 ya se parte para armar,
 armóse de todas armas
 las que solia llevar:
 hacha de cuarenta y cinco,
 y el peso de su pesar,
 y fuése por su camino
 donde el moro ha de hallar.
 Desde fué cerca del moro
 empezóle de hablar:
 — ¡Oh moro tan esforzado!
 yo te quiero ahora rogar,

1 quitar Pl. s. 2.
 2 presto Pl. s. 2.

3 lo veo Pl. s. 2.

que quites tú el pendon,
 que quites aquella señal,
 si no lo haces de grado¹,
 por fuerza te lo haré quitar.
 — ¡Bien vengas, el cristianillo²,
 el cristianillo², bien vengais!
 Cierto de tales como vos
 para pajes querria tomar;
 si quereis vivir conmigo
 á Turquía os he de enviar.
 — Calla, moro esforzado,
 no quieras tú tal hablar;
 mas echa mano á la lanza
 que esta es la que os ha de ayudar. —
 Echáron mano á las lanzas,
 comenzáronse á encontrar.
 Mientras las lanzas duráron
 á Baldovinos bien le va;
 mas ya quebradas las lanzas
 de hachas fuéron á³ jugar:
 dado le ha el moro un golpe
 que en el suelo le fué á echar.
 Allí descabalgó el moro
 por la cabeza le cortar;
 desde que le vido sin barbas
 no le quiso degollar;
 diciendo iba, diciendo:
 — Barbas ando yo á buscar. —
 Mas atóle pies y manos,
 manos y pies le fué á atar.
 Allí habló Baldovinos
 palabras de lastimar:
 — ¡Oh moro tan esforzado!

1 si no lo quieres hacer Pl. s. 2.

2 el cristiano Pl. s. 2.

3 ovieron de Pl. s. 2.

yo te quiero ahora rogar,
 que me acortes la vida,
 no me la quieras alargar;
 que mas vale morir con honra
 que con vergüenza quedar. —
 Bien se lo vió don Roldan
 allá en san Juan de Letran,
 lágrimas de los sus ojos
 corrian por la su faz.

Presto se hizo dar sus armas,
 y luego se hizo armar,
 armóse de todas armas,
 las piernas no pudo armar,
 con una mano lleva la silla,
 y con la otra el petral;
 con los dientes lleva el freno
 por mas presto despachar,
 y fuése á rienda suelta
 donde el moro ha de hallar.

— ¡Oh buen moro esforzado!
 yo te quiero ahora rogar,
 que me cuentes tu ventura,
 la mia te quiero contar.

— Pláceme, dijo el moro,
 pláceme de voluntad.

Yo soy el moro Bramante¹,
 que así me hacen llamar,
 de siete reyes de moros
 yo era el capitan.

Tengo una cristiana captiva
 que es de Francia natural,
 estoy enamorado de ella
 que de amores quiero finar;
 mil veces la he requerido

que conmigo quiera ¹ casar;
 por ninguna razon de estas
 no me lo quiso otorgar,
 sino con una condicion
 que en arras le hubiese de dar:
 que trajese tres cabezas
 de Francia la natural,
 la una de Oliveros,
 la otra de don Roldan,
 la otra de Urgel ² de las Marchas,
 esforzado singular:
 y con estas tres cabezas
 mora se ha de tornar.
 — Calledes, moro esforzado,
 y no querais mas hablar,
 que no hay cabeza de esas
 que la vuestra ³ no haya de costar.
 Mas yo soy escudero de ellos,
 quiero con vos ⁴ mi lanza probar. —
 Echaron mano á las lanzas,
 de hachas van á jugar ⁵;
 dió Roldan un golpe al moro
 que en el suelo fuera á dar ⁶.
 Desde el moro fué en el suelo
 Roldan empezó de hablar:
 — ¡Oh buen moro esforzado!
 torna presto á cabalgar,
 que por derribarte una vez,
 por eso no te he de matar ⁷,
 que cuantas veces quisieres

1 haya de Pl. s. 2.

2 Ogel Pl. s. 2.

3 tuya Pl. s. 2.

4 en ti Pl. s. 2.

5 Echaron mano á las lanzas,
comiézanse á encontrar,mas ya quebradas las lanzas
de hachas ovieron de jugar Pl. s. 2.6 que en el suelo le fué á derribar
Pl. s. 2.7 no pienses que por
derribarte una vez,
por eso te haya de matar Pl. s. 2

tantas te he yo de esperar;
 que yo soy aquel Roldan
 al que querias la cabeza cortar. —
 Cuando aquesto¹ oyera el moro
 no quiso mas pelear;
 mas diósele á merced,
 á merced se le fué á dar.
 — Pues desátame á Baldovinos
 apriesa y no de vagar,
 y hágasmе juramento²,
 juramento me quieras prestar:
 en las tierras do te halles
 nunca te hayas de alabar³,
 que á ninguno de los doce
 tú lo hubieses de atar.
 — Pláceme, dijo el moro,
 pláceme de voluntad;
 mas con una condicion
 que os quiero demandar:
 que cuando seamos en Roma
 delante del emperante,
 que ninguno de los doce
 no me haya de⁴ maltratar.
 — Pláceme, dijo Roldan,
 pláceme de voluntad;
 mas los doce son corteses,
 no te han de⁵ enojar,
 que si á ti hacen deshonna⁶

1 Desde esto Pl. s. 2.

2 á merced se le fué á dar,
 y Roldan desde lo oyera
 que comienza á desmayar,
 de esta manera le dice
 y le empezó de hablar:
 — Suelta, moro, á Baldovinos,
 comiézalo á desatar,
 ya lo desataba el moro

apriesa y no de vagar)
 y hazme luego juramento Pl. s. 2.

3 no te quieras alabar Pl. s. 2.

4 no me quieran Pl. s. 2.

5 no te quieran Pl. s. 2.

6 mas si alguno te enojase
 mal contado le será;

y si á ti hacen deshonna Pl. s. 2.

á mí tocará el pesar. —
 Todos tres fuéron á Roma
 donde estaba el emperante,
 y llegado don Roldan
 comenzó así de hablar:
 — ¡Oh señor emperador!
 yo os quiero ahora rogar,
 que este moro que aquí viene
 le hagais servir y honrar,
 y le deis el mismo sueldo
 que dais á mí don Roldan¹. —
 Allí estuvo muchos días
 á su placer y holgar.
 Lleváronlo en Turquía,
 pusiéronlo en libertad.
 Honráronlo todos los moros
 desde que lo vieron llegar,
 grandes fiestas le hicieron
 con mucha solemnidad.

1) Romance nuevamente trobado de los doze pares de Francia etc.

2) Siguese un romance: el qual cuenta el desafio que hizo Montesinos á Oliveros etc, Pliegos sueltos del siglo XVI.

Romance del palmero*.

De Mérida sale el palmero,
 de Mérida, esa ciudad:
 los piés llevaba descalzos,
 las uñas corriendo sangre.
 Una esclavina trae rota,

1 que á mí me soleis dar Pl. s. 2.

* Romance de Mérida sale el palmero. Canc. de rom. s. a. y 1550.

que no valia¹ un real,
 y debajo traia² otra,
 ¡bien valia³ una ciudad!
 que ni rey ni emperador
 no alcanzaba⁴ otra tal.
 Camino lleva derecho⁵
 de Paris, esa ciudad;
 ni pregunta por meson
 ni ménos por hospital:
 pregunta por los palacios
 del rey Cárlos do está⁶.

Un portero está á la puerta,
 empezóle⁷ de hablar:

— Dijésemme tú, el portero,
 el rey Cárlos ¿dónde está? —

El portero que lo vido,
 mucho⁸ maravillado se ha,
 cómo un romero tan pobre
 por el rey va á preguntar.

— Digádesmelo, señor,
 de eso no tengais pesar.

— En misa estaba, palmero⁹,
 allá en San Juan de Letran,
 que dice misa un arzobispo,
 y la oficia¹⁰ un cardenal. —

El palmero que lo oyera
 íbase¹¹ para Sant Juan:
 en entrando por la puerta
 bien veréis¹² lo que hará.

Humillóse¹³ á Dios del cielo

1 vale. Silva. Floresta.

2 trae Silva. Floresta.

3 que valia Silva,
 que bien vale Floresta.

4 alcanzaban Silva. Floresta.

5 El camino que llevaba Silva.

6 donde están Silva. Floresta.

7 comenzóle Silva. Floresta.

8 mucho, falta en la Silva.

9 el palmero Silva. Floresta.

10 y predica Floresta.

11 fuérase Silva.

12 oiréis Silva. Floresta.

13 Humillome Silva.

y á Santa María su Madre,
 humillóse¹ al arzobispo,
 humillóse² al cardenal
 porque decia la misa,
 no porque merecia mas³:
 humillóse⁴ al emperador
 y á su corona real,
 humillóse⁵ á los doce
 que á una mesa comen pan.
 No se humilla⁶ á Oliveros,
 ni ménos á don Roldan,
 porque un sobrino que tienen
 en poder de moros está,
 y pudiéndolo hacer
 no le van á rescatar.
 Desde aquesto vió Oliveros,
 desde aquesto vió Roldan,
 sacan ambos las espadas⁷,
 para el palmero se van.
 El palmero con su bordon
 su cuerpo va á mamparar⁸.
 Allí hablara el buen rey⁹,
 bien oiréis lo que dirá:
 — Tate, tate, Oliveros,
 tate, tate, don Roldan,
 ó este palmero es loco,
 ó viene de sangre real. —
 Tomárale por la mano,
 y empiézale de hablar:

1 humíllome Silva.
 2 humíllome Silva.
 3 sacrificio celestial Floresta.
 4 humíllome Silva.
 5 humíllome Silva.
 6 No me humillo Silva.
 7 Cuando esta razon oyeron
 Oliveros y Roldan,

las espadas arrancadas Silva.
 Como aquesto oyó
 y el buen paladín Roldan,
 sacan ambos las espadas Floresta.
 8 muy bien se fué á defender Silva.
 Con su bordon el palmero
 su cuerpo fuera á guardar Flor.
 9 habló el emperador Floresta.

— Dígame tú, el palmero,
no me niegues la verdad,
¿en qué año y en qué mes
pasaste aguas de la mar?

— En el mes de mayo, señor,
yo las fuera¹ á pasar.

Porque yo me estaba un día
á orillas de la mar

en el huerto de mi padre
por haberme de holgar:
captiváronme los moros,
pasáronme allende el mar,
á la infanta de Sansueña
me fuéron á presentar²;
la infanta desque me vido
de mí se fué á enamorar.

La vida que yo tenia,
rey, quiero vos la contar.

En la su mesa comia,
y en su cama me iba á echar. —

Allí hablara el buen rey,
bien oiréis lo que dirá:

— Tal captividad como esa
quien quiera la tomará.

Dígame tú, el palmero³,
¿si la iria yo á ganar?

— No vades allá, el buen rey,
buen rey, no vades allá,
porque Mérida es muy fuerte,
bien se vos defenderá.

Trescientos castillos tiene,
que es cosa de los mirar,
que el menor de todos ellos

1 las fuera yo Silva. Floresta.

2 empresentar Silva.

3 palmero Silva. Floresta.

bien se os defenderá. —
 Allí hablara Oliveros,
 allí habló don Roldan:
 — Miente, señor, el palmero,
 miente y no dice verdad¹,
 que en Mérida no hay cien castillos,
 ni noventa á mi pensar,
 y estos que Mérida tiene
 no tiene² quien los defender,
 que ni tenían³ señor,
 ni ménos quien los guardar. —
 Desque aquesto oyó⁴ el palmero
 movido con gran pesar,
 alzó su mano derecha,
 dió un bofeton á Roldan⁵.
 Allí hablara el rey
 con furia y con gran pesar⁶:
 — Tomalde, la mi justicia,
 y llevédeslo⁷ ahorcar. —
 Tomádolo ha la justicia⁸
 para habello de justiciar;
 y aun allá al pié de la horca
 el palmero fuera hablar:
 — ¡Oh mal hubieses, rey Cárlos!
 Dios te quiera hacer mal,
 que un hijo solo que tienes

1 que non dice la verdad Silva.
 porque no dice verdad Floresta.

2 hay Silva. Floresta.

3 no tenia Silva.
 que ni ellos tienen Floresta.

4 vió Silva,
 El palmero que esto oyó Floresta.

5 por herir á don Roldan Floresta.

6 Allí habló el buen rey
 con ira y con pesar Silva.

Allí hablara el buen rey,
 bien oiréis lo que dirá Floresta.

7 y llevámelo Silva.
 y llevadlo á Floresta.

8 Cuando fué al pié de la horca
 el palmero fué hablar:

— ¡Mal hobieses, el rey Cárlos!
 Silva.

Ya lo toma la justicia,
 ya lo van á justiciar,
 allá al pié de la horca
 el palmero fué á hablar:

— ¡Oh mal hubieses, rey Cárlos!
 Floresta.

tú le mandas ahorcar. —
 Oídolo habia la reina
 que se le paró á mirar:
 — Déjédeslo, la justicia,
 no le querais hacer mal,
 que si él era mi hijo
 encubrir no se podrá,
 que en un lado ha de tener
 un extremado lunar. —
 Ya le llevan á la reina,
 ya se lo van á llevar:
 desnúdanle una esclavina
 que no valia un real;
 ya le desnudaban otra¹
 que valia una ciudad:
 halládole han al infante,
 halládole han la señal.
 Alegrías se hicieron
 no hay quien las pueda contar².

Canc. de Rom. s. a. f. 172. — Canc. de Rom. 1550, fol. 179.

— Silva de 1550, t. II. f. 201. — Floresta de var. rom.

1 ya le desnudan la otra Silva, | 2 no tienen cuento ni par Floresta.

(Del conde Almerique de Narbona. — I.)

Del Soldan de Babilonia,
de ese os quiero decir,
que le dé Dios mala vida
y á la postre peor fin.
Armó naves y galeras,
pasan de sesenta mil,
para ir á combatir
á Narbona la gentil.
Allá van á echar áncoras,
allá al puerto de Sant Gil,
cativado han al conde,
al conde Benalmenique¹.
Desciéndenlo de una torre,
cabálganlo en un rocin,
la cola le dan por riendas
por mas deshonorado ir.
Cient azotes dan al conde
y otros tantos al rocin;
al rocin porque anduviese,
y al conde por lo rendir.
La condesa desde que lo supo
sáleselo á recibir:
— Pésame de vos, señor
conde, de veros así,
daré yo por vos, el conde,

¹ sic. Hase de entender bajo este nombre desfigurado, por haberse ya ofuscado la tradicion original de los poemas provenzales, el harto conocido héroe de algunos de ellos, En Aimeric conde de Narbona, y se trata en este romance del cerco de la ciudad de Narbona, la cual defendia su mujer la condesa. — En el romance que dice;

Durmiendo está el rey Almanzor, este conde se halla nombrado tambien: Almenique.

Empero hasta la asonancia ha conservado en algun modo el nombre original, pues se tiene que decir: Almenique.

Véase Fauriel, Histoire de la poésie provençale, Tomo II. pag. 409—411.

las doblas sesenta mil,
y si no bastaren, conde,
á Narbona la gentil.

Si esto no bastare, el conde,
á tres hijas que yo parí:
yo las pariera, buen conde,
y vos las hubistes en mí;
y si no bastare, conde,
señor, védesme aquí á mí.

— Muchas mercedes, condesa,
por vuestro tau buen decir:
no dedes por mí, señora,
tan solo un maravedí,
heridas tengo de muerte,
de ellas no puedo guarir:
adios, adios, la condesa,
que ya me mandan ir de aquí.

— Váyades con Dios, el conde,
y con la gracia de Sant Gil:
Dios os lo eche en suerte
á ese Roldan¹ paladin.

Canc. de Rom. de 1550. f. 289.

197.

(Del conde Almerique de Narbona. — II.)

Durmiendo está el rey Almanzor
á un sabor atan grande;
los siete reyes de moros
no lo osaban acordar.

¹ Esta es la lección auténtica y verdadera de todas las ediciones del Canc. de rom., y no la de Soldan, que

llevan la mayor parte de las colecciones modernas, desfigurándola en lugar de corregirla.

Recordólo Bobalias,
Bobalias el infante.

— Si dormides, el mi tio,
si dormides, recordad:
mandadme dar las escalas
que fuéron del rey mi padre,
y dadme los siete mulos
que las habian de llevar;
y me deis los siete moros
que las habian de armar,
que amores de la condesa
yo no los puedo olvidar.

— Malas mañas habeis sobrino,
no las podeis olvidar¹:
al mejor sueño que duermo
luego me vais á² recordar. —

Ya le dan³ las escalas
que fuéron del rey su padre;
ya le dan los siete mulos,
que las habian de llevar;
ya le dan los siete moros
que las habian de armar.

A paredes de la condesa
allá las fuéron á echar:
allá al pié de una torre,
y arriba subido han.

En brazos del conde Almenique⁴
la condesa van hallar:
el infante la tomó,
y con ella ido se han.

Canc. de Rom. de 1550, f. 290.

1 no las puedas ya dejar Ed. poste-
riores del Canc. de rom.

2 has de ibid.

3 daban ibid.

4 Véase la nota del romance anterior.

Romance de la linda Melisenda.*

Todas las gentes dormían
 en las que Dios tiene parte,
 mas no duerme Melisenda
 la hija del emperante;
 que amores del conde Ayruelo
 no la dejan reposar.
 Salto diera de la cama
 como la parió su madre,
 vistiérase una alcandora
 no hallando su brial;
 vase para los palacios
 donde sus damas están;
 dando palmadas en ellas
 las empezó de llamar:
 — Si dormis, las mis doncellas,
 si dormides, recordad;
 las que sabedes de amores
 consejo me querais dar;
 las que de amor non sabedes
 tengádesme poridad:
 amores del conde Ayruelo
 no me dejan reposar. —
 Allí hablara una vieja,
 vieja es de antigua edad¹:
 — Agora es tiempo, señora,
 de los placeres tomar,
 que si esperais á vejez

* Que la tradicion en que está fundado este romance, apartiene al ciclo carlovingio, y que todavia tiene rasgos comunes con el cantar de gesta frances de Amis y Amiles, va probado en la edicion de este último poema, por C. Hofmann (Amis et Amiles und Jourdain de Blavies. Erlangen, 1852. in-8o. pag. VI.)

¹ que es vieja de antigüedad Glosa nuevamente hecha por Franc. de Lora.

no vos querrá un rapaz¹. —
 Desde esto oyó Melisenda
 no quiso mas esperar²,
 y vase á buscar al conde
 á los palacios do está.
 Topara con Hernandillo
 un alguacil de su padre.
 — ¿Qué es aquesto, Melisenda?
 ¿Esto qué podia estar?
 ¡O vos teneis mal de amores,
 ó os quereis loca tornar!
 — Que no tengo mal de amores,
 ni tengo por quien penar,
 mas quando fué³ pequeña
 tuve una enfermedad.
 Prometí tener novenas
 allá en San Juan de Letran:
 las dueñas iban de dia,
 doncellas agora van. —
 Desde esto oyera Hernando
 puso fin á su hablar;
 la infanta mal enojada
 queriendo dél se vengar:
 — Prestáseme, dijo á⁴ Hernando,
 prestáseme tu puñal,
 que miedo me tengo, miedo
 de los perrós de la calle. —
 Tomó el puñal por la punta,
 los cabos le fué á dar:
 diérale tal puñalada
 que en el suelo muerto cae.

1 Despues de este verso lleva el texto entresacado de la Glosa de Lora los cuatro siguientes:
 Esto aprendí siendo niña,
 y no lo puedo olvidar,

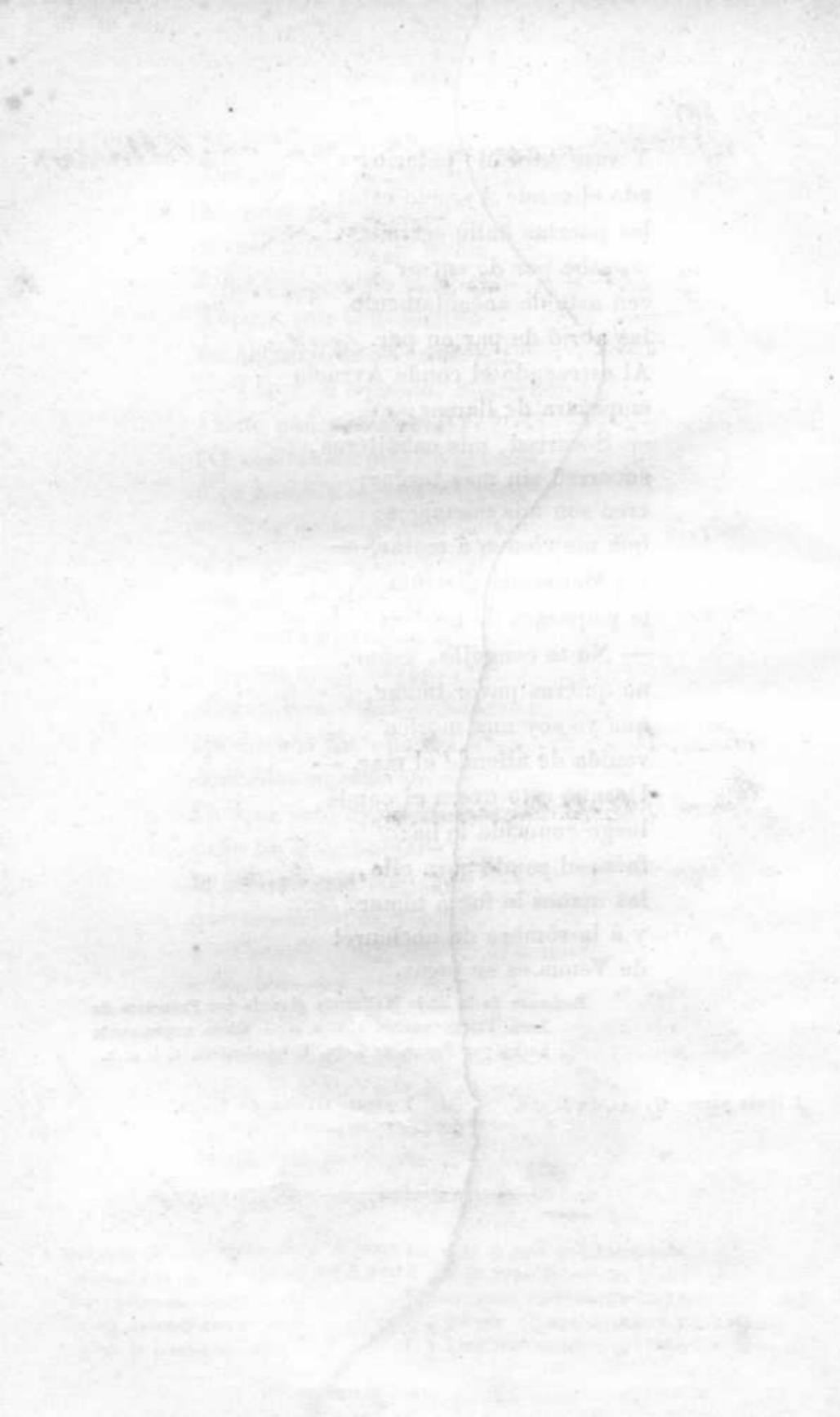
el tiempo que fué criada en casa de vuestro padre. —
 2 escuchar Glosa de Lora.
 3 yo era Glosa de Lora.
 4 hora Hernando Glosa de Lora.

Y vase para el ² palacio
 ado el conde Ayruelo está;
 las puertas halló cerradas,
 no sabe por do entrar ³:
 con arte de encantamento
 las abrió de par en par.
 Al estruendo el conde Ayruelo
 empezara de llamar:
 — Socorred, mis caballeros,
 socorred sin mas tardar;
 creo son mis enemigos,
 que me vienen á matar. —
 La Melisenda discreta
 le empezara de hablar:
 — No te congojes, señor,
 no quieras pavor tomar,
 que yo soy una morica
 venida de allende el mar. —
 •Desque esto oyera el conde
 luego conocido la ha:
 fuése el conde para ella,
 las manos le fué á tomar,
 y á la sombra de un laurel
 de Vénus es su jugar.

Romance de la linda Melisenda glosado por Francisco de
 Lora. Pliego suelto. s. l. n. a. — Glosa nuevamente
 hecha por Franc. de Lora. Pliego suelto. s. l. n. a.

1 base para Glosa de Lora.

2 pasar Glosa de Lora.



Romances antiguos castellanos.

COX

Aquel Rey de los Romanos
Sentadita estaba Arbolina

Ya se sale la Vindina

Arbolina se pasea

Delgadina, delgadina

Don Rodrigo, rey de España

En Ceypa está don Julian

Las tuestes de don Rodrigo

Ya se sale de la prisión

Después que el rey don Rodrigo

En corte del casto Alfonso

Andados treinta y seis años

En gran pesar y tristeza a

Castellanos y Leones

Buen Conde Fernan Gonzalez

A Calatrava la vieja

Jencidas ya las bodas

A caxar va don Rodrigo

Cabalga Diego Lainez

Cada dia que amanece
Doliente estaba, doliente
Morir vos queredes, padre
Afuera, afuera Rodrigo
Rey don Sancho, rey don Sancho
Por aquel postigo viejo
En Sancta Gadea de Burgos
Despues que Yellido D'Olfo
Helo, helo por do viene
De concierto estan los Condes
Tres cirtes armara el rey
En esa ciudad de Burgos
Yo me sali de mi tierra
Valáome nuestra señora
Yo ni estaba allí en Coimbra
Entre las gentes se suena
En Arjona estaba el Duque
Moricos los ni moricos
D'Antequera partió el moro
Abenamar, Abenamar
Alora la bien cercada

Día era de San Anton
Jugando estaba el rey Moro
Paseabase el rey Moro
Por la ciudad de Granada
Ya se salía el rey Moro
Ay Dios, qué buen caballero
Rio verde, rio verde
Mastridajes marineros
Los vientos andan contrarios
Ya se asienta el rey Ramiro
Retraída estaba la Reyna
Miraba de Camporrijo
La triste Reyna de Nápoles
Mandó el Rey prender Vexilios
Que por Mayo era por Mayo
Por el mes era de Mayo
Rosa fresca, rosa fresca
Fontefrída, fontefrída
Estaba la linda infanta
A caza iban à caza
Cuán traydor eres Marquillon

Arriba canes, arriba
Oh Valencia, oh Valencia
Moros si vas a la España
Mi padre era de Ronda
Yo m'era mora Moraima
A tal anda don Garcia
Compañero, compañero
Yo me adarme' una amiga
La bella mal-maridada
Ferido está don Cristan
Hé'lo, hé'lo por do viene
A cazar sa el caballero
Quien oviese tal ventura
De Francia partió' la niña
Cinco es el caballero
Retraida está la Infanta
De Mantua salió' el Marqués
De Mantua salen apriesa
Niño Vero, Niño Vero
Son claro hacia la luna

Asentado está Guiferos
Cata Francia Montesinos
En Bastilla está un castillo
Durandarte, Durandarte
Muerto yace Durandarte
Domingo era de Ramos
Por la matanza ve el viejo
Mala la vistis Franceses
Día era de Sant Jorje
Media noche era por filo
Ya cabalga Calavinos
Camina don Bruno
Salio' Golden á carar
Andados los treinta años
Sa como de la prision
Grant llanto hacia la Cava
Tierra y cielos se quejaban

INDICACION POR NUMEROS

de los romances ordenados según las tres clases características en que se han intentado establecer.

Clase Ia., ó romances primitivos ó tradicionales:

á ella pertenecen los núms. 2. 4. 5. 6. 7. 8. 9. 10. 11. 12. 13. 13a. 15. 16. 17. 19. 20. 23. 24. 26. 29. 30. 30a. 30b. 31. 33. 35. 36. 37. 39. 40. 41. 42. 43. 45. 47. 47a. 50a. 51. 52. 54. 55. 57. 58. 59. 60. 61. 62. 64. 69. 69a. 71. 73. 73a. 74. 75. 77. 78. 79. 80. 81. 82. 83. 84. 84a. 85. 86. 88. 88a. 88b. 89. 91. 95. 96. 96a. 96b. 98. 99. 101. 102. 107. 109. 113. 114. 116. 117. 118. 119. 120. 121. 122. 123. 124. 129. 130. 131. 132. 133. 135. 136. 136a. 137. 138. 139. 140. 141. 142. 143. 144. 146. 146a. 147. 150. 151. 153. 154. 157. 158. 159. 161. 168. 169. 170. 179. 183. 185. 186. 196. 197. 198.

Clase IIa., ó romances primitivos refundidos por los eruditos ó poetas artísticos:

á ella pertenecen los núms. 1. 3. 3a. 3b. 5a. 14. 18. 21. 22. 27. 28. 32. 34. 38. 42a. 44. 46. 47b. 48. 49. 50. 56. 61a. 63. 65. 66. 66a. 67. 67a. 68. 70. 71a. 72. 76. 78a. 82a. 85a. 85b. 87. 90. 92. 92a. 93. 94. 95a. 97. 100. 101a. 102a. 102b. 103. 104. 105. 106. 107a. 108. 110. 111. 112. 114a. 115. 125. 126. 127. 128. 134. 145. 148. 149. 152. 155. 156. 160. 161a. 182. 191.

Clase IIIa., ó romances juglarescos:

á ella pertenecen los núms. 25. 53. 154a. 162. 163. 164. 165. 166. 167. 171. 172. 173. 174. 175. 176. 177. 177a. 178. 180. 181. 184. 185a. 187. 188. 189. 190. 192. 193. 194. 195.

INDICE ALFABETICO GENERAL

de los dos volúmenes de esta obra, formado por los primeros versos de cada romance, y de los que en algunos se incluyen, con la indicacion de la clase á que pertenecen, y de las fuentes ó documentos antiguos donde existen.

ABREVIATURAS.

<p>C. s. a. equivale á Cancionero de rom. ed. sin año.</p> <p>C. 1550. " " Canc. de rom. ed. 1550.</p> <p>C. 1570. " " Canc. de rom. ed. de Medina, 1570.</p> <p>Cab. " " Romance caballeresco del ciclo carlovingio.</p> <p>C. F. " " Cancionero llamado Flor de enamorados.</p> <p>C. G. " " Cancionero general (de Constantina, y de Hernando del Castillo).</p> <p>Cód. " " Códice manuscrito.</p> <p>E. " " Escobar, Romancero del Cid.</p> <p>F. " " Floresta de varios romances.</p> <p>Hist. " " Romance histórico.</p> <p>Hit. " " Gines Perez de Hita, Historia de los bandos de Cegries, etc.</p>	<p>N.</p> <p>P. S.</p> <p>S.</p> <p>Sep.</p> <p>T.</p> <p>Tim.</p> <p>V.</p> <p>I.</p> <p>II.</p> <p>III.</p>	<p>equivale á Romance novelesco, ó caballeresco suelto.</p> <p>" " Pliego suelto.</p> <p>" " Silva de varios romances. ed. de 1550.</p> <p>" " Sepúlveda Romances nuevamente sacados. ed. de 1566.</p> <p>" " Tomo.</p> <p>" " Timoneda, Rosas de rom.</p> <p>" " Véase.</p> <p>equivale á Clase primera, ó de rom. primitivos y tradicionales.</p> <p>" " Clase segunda, ó de rom. primitivos refundidos por los eruditos ó poetas artísticos.</p> <p>" " Clase tercera, ó de rom. juglarescos.</p>
--	---	--

	No.	Clase.	Tomo y Pag.
A benámar, Abenámar, — moro — el día. — Hist. Hit.	78a	II.	I. 253
Abenámar, Abenámar, — moro — qué. — Hist. S. T. I. —			
C. s. a. y 1550. C. 1570. — Tim. P. S.	78	I.	I. 250
A Calatrava la vieja. — Hist. — C. s. a. y 1550. S. T. I.	19	I.	I. 61
A caza iban, á caza. — N. — C. s. a. y 1550.	119	I.	II. 22
A cazar va don Rodrigo. — Hist. — C. s. a. y 1550. S. T. I.	26	I.	I. 90
A cazar va el caballero. — N. — C. s. a. y 1550.	151	I.	II. 74
A caza va el Emperador. — Cab. — C. 1550. — P. S.	191	II.	II. 372
A concilio dentro en Roma. — Hist. — E. Tim.	34	II.	I. 111
Afuera, afuera Rodrigo. — Hist. — C. s. a. y 1550. S. T. I.	37	I.	I. 116
Allá en Granada la rica. — Hist. — Hit.	81	I.	I. 259

	No.	Clase.	Tomo y Pag.
Alora la bien cercada. — Hist. — Cod. del siglo XVI. — P. S.			
— Tim.	79	L	I. 234
Al pié de una verde haya. — N. — Tim.	123	I.	II. 29
Al rey Chico de Granada. — Hist. — Hit.	92a	II.	I. 300
A misa va el Emperador. — Cab. — P. S.	192	III.	II. 376
Amores trata Rodrigo — descubierto — á la Cava — de quien anda. — Hist. — C. 1570. — C. F.	3a	II.	I. 10
Amores trata Rodrigo — descubierto — á la Cava — de quien era. — Hist. — S. ed. de Barcelona, 1557.	3	II.	I. 8
Andados treinta y seis años. — Hist. — C. s. a. y 1550. S. T. I.	10	I.	I. 29
Arias Gonzalez responde. — V. Despues que Vellido Dolfos — aquel.			
Arriba canes, arriba. — N. — C. s. a. y 1550. — S. T. I. . .	124	I.	II. 31
Asentado está Gaiferos. — Cab. — C. s. a. y 1550. — S. T. II.			
Cod. del siglo XVI. — F. — P. S.	173	III.	II. 229
A tal anda don García. — N. — C. s. a. y 1550. — S. T. I. — C. F.	133	I.	II. 43
A tan alta va la luna. — Cab. — C. 1550.	170	L	II. 220
Ay cuán linda que eres, Alba. — N. — C. F. — Tim.	136a	I.	II. 53
Ay Dios qué buen caballero — el maestro — cuán bien que — Hist. — S. T. II.	88	I.	I. 282
Ay Dios qué buen caballero — el maestro — oh cuán bien. — Hist. — Cod. del siglo XVI. — Tim.	88a	I.	I. 283
Ay Dios qué buen caballero — el maestro — qué bien que — Hist. — P. S.	88b	I.	I. 288
Ay Dios qué buen caballero — fué don Rodrigo. — Hist. — S. T. II.	20	I.	I. 65
B ien se pensaba la reina. — N. — C. s. a. y 1550. — S. T. I.	159	I.	II. 92
Blanca sois, señora mía. — N. — C. 1550.	136	L	II. 52
Bodas hacian en Francia. — N. — C. 1550. Tim. P. S. . . .	157	I.	II. 90
Buen alcaide de Cañete — mal — en — hecho asaz. — Hist. — Sep.	73a	I.	I. 239
Buen alcaide de Cañete — mal — en — hecho se. — Hist. P. S.	73	I.	I. 237
Buen conde Fernan Gonzalez. — Hist. — C. s. a. y 1550. S. T. I.	17	I.	I. 54
C abalga Diego Laínez. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I.	29	I.	I. 96
Caballero de lejas tierras. — N. — P. S.	156	II.	II. 88
Caballeros de Moclin. — Hist. — C. 1550. — P. S.	77	L	I. 248
Caballero, si á Francia ides. — N. — Cod. del siglo XVI. — Tim.	155	II.	II. 87
Cada día que amanece. — Hist. — C. s. a. — S. T. I.	30	I.	I. 99
Cansados de pelear. — Hist. — Sep.	22	II.	I. 72
Casamiento se hacia. — Hist. — S. T. II. — P. S.	27	II.	I. 91
Castellanos y Leoneses. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I.	16	I.	I. 51
Cata Francia, Montesinos. — Cab. — C. s. a. y 1550.	176	III.	II. 267
Cercada está Santa Fe. — Hist. — Hit.	93	II.	I. 302
Compañero, compañero. — N. — C. 1550.	142	I.	II. 60
Con cartas y mensajeros. — Hist. — C. 1550.	13a	I.	I. 40

	No.	Clase.	Tomo y Pag.
Cuál será aquel caballero. — Hist. — P. S.	94	II.	I. 306
Cuán traidor eres, Marquillos. — N. — Tim.	120	I.	II. 23
D adme nuevas, caballeros. — Hist. — S. T. II. — Sep.	80	I.	I. 256
De amores trata don Rodrigo. — Hist. — Tim.	3b	II.	I. 11
De Antequera partió el moro. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I.	74	I.	I. 241
De concierto están los condes. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I. — P. S. — Tim.	57	I.	I. 179
De Francia partió la niña. — N. — C. s. a. y 1550. — S. T. I.	154	I.	II. 82
De Francia salió la niña. — N. — P. S.	154a	III.	II. 83
De Granada parte el moro. — Hist. — S. T. II. — P. S. — Tim.	90	II.	I. 293
Del soldan de Babilonia. — Cab. — C. 1550.	196	I.	II. 414
De Mérida sale el palmero. — Cab. — C. s. a. y 1550. — S. T. II. — F. — P. S.	195	III.	II. 408
De Mantua salen apríesa. — Cab. — C. s. a. y 1550. — S. T. II. F. — P. S.	166	III.	II. 195
De Mantua salió el marques. — Cab. — C. s. a. y 1550. — S. T. II. — F. — P. S.	165	III.	II. 171
Despues que el rey don Rodrigo. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I.	7	I.	I. 21
Despues que Vellido Dolfos — aquel. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I. — Tim.	53	III.	I. 161
Despues que Vellido Dolfos — ese. — Hist. — E.	48	II.	I. 147
De Zamora sale el Dolfos. — Hist. — C. 1570. — E.	46	II.	I. 138
Día era de los Reyes. — Hist. — C. 1550.	30b	I.	I. 103
Día era de San Anton. — Hist. — Argote de Molina. — C. s. a. y 1550. — S. T. I.	82	I.	I. 263
Día era de San Jorge. — Cab. — C. s. a. y 1550. — S. T. II. .	187	III.	II. 326
Doliente estaba, doliente. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I.	35	I.	I. 113
Domingo era de Ramos. — Cab. — C. s. a. — P. S.	183	I.	II. 313
Dónde vienes, Gerineldo. — V. Gerineldo, Gerineldo.			
Don García de Padilla. — Hist. — Tim.	69	I.	I. 225
Don Rodrigo de Padilla. — Hist. — S. T. II.	69a	I.	I. 228
Don Rodrigo rey de España. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I. Tim.	2	I.	I. 6
Doña Maria de Padilla — no os mostredes triste, no. — Hist. — S. T. II. — Tim.	68	II.	I. 221
Doña Maria de Padilla — no os mostreis tan triste vos. — Hist. — C. 1550.	68a	II.	I. 223
Doña Urraca la infanta, V. Despues que Vellido Dolfos — aquel.			
Durandarte, Durandarte. — Cab. — C. G. de Constantina. — C. G. de Castillo. — C. s. a. y 1550. — S. T. I. — P. S. . .	180	III.	II. 307
Durmiendo está el rey Almanzor. — Cab. — C. 1550.	197	I.	II. 415
E l rey don Juan Manuel. — Hist. — S. T. II.	105	II.	I. 348
El viejo rey don Alfonso. — Hist. — Sep.	63	II.	I. 198

	No.	Clase.	Tomo y Pag.
Emperatrices y reinas — cuantas. — Hist. — C. 1550.	102 b	II.	I. 338
Emperatrices y reinas — que. — Hist. — S. T. II. — P. S.	102 a	II.	I. 336
En aquellas peñas pardas. — N. — C. F.	137	I.	II. 55
En Arjona estaba el duque. — Hist. — C. 1550.	70	II.	I. 232
En Burgos está el buen rey — asentado. — Hist. — E. — Tim.	30 a	I.	I. 100
En Burgos está el buen rey — don. — Hist. — C. 1550.	61 a	II.	I. 191
En Castilla está un castillo. — Cab. — C. s. a. y 1550.	179	I.	II. 305
En Ceuta estaba el buen rey. — Hist. — Tim.	106	II.	I. 350
En Ceuta está Julian. — Hist. — C. 1550. — P. S. — Tim.	4	I.	I. 13
Encontrábase ha el buen Cid. — Hist. — E.	56	II.	I. 178
En corte del casto Alonso. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I.	9	I.	I. 27
En el nombre de Jesus. — Cab. — C. s. a. y 1550. — S. T. II. F. — P. S.	167	III.	II. 211
En el tiempo que Mercurio. — N. — S. ed. de 1582. — C. F.	112	II.	II. 13
En el tiempo que reinaba. — N. — S. T. II. — Tim. — F.	162	III.	II. 102
En esa ciudad de Burgos. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I.	61	I.	I. 188
En gran pesar y tristeza. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I.	11	I.	I. 32
En las almenas de Toro. — Hist. — Tim.	54	I.	I. 174
En las cortes de Leon. — Hist. — P. S.	14	II.	I. 42
En las salas de Paris — en el. — Cab. — C. s. a. y 1550. — S. T. II. — F. — P. S.	177 a	III.	II. 279
En las salas de Paris — en un. — Cab. — P. S.	177	III.	II. 273
En los campos de Alventosa. — Cab. — C. 1550.	185 a	III.	II. 318
En los reinos de Leon. — Hist. — C. 1550.	8	I.	I. 26
En misa está el Emperador. — Cab. — P. S.	194	III.	II. 401
Enojáda estaba Roma. — Hist. — Tim.	1	II.	I. 3
En Paris está doña Alda. — Cab. — C. 1550.	184	III.	II. 314
En Santa Agueda de Burgos. — V. En Santa Gadea de Burgos. En Santa Gadea de Burgos. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I. E. — Tim.	52	I.	I. 158
En Sevilla está una hermita. — N. — P. S.	143	I.	II. 62
En Toledo estaba Alfonso. — Hist. — C. 1570. — E.	51	I.	I. 155
Entre dos reyes cristianos. — Hist. — S. T. II. — P. S.	38	II.	I. 118
Entre la gente se dice. — Hist. — S. T. II.	67	II.	I. 213
Entre las gentes se suena. — Hist. — Cod. del siglo XVII.	65 a	II.	I. 2
Entre muchos moros sabios. — N. — Tim.	127	II.	II. 33
Esa guirnalda de rosas. — N. — P. S.	144	I.	II. 63
Ese buen Diego Lainex. — Hist. — C. F. — Tim.	28	II.	I. 94
Ese conde don Manuel. — N. — Cod. del siglo XVI. — Tim.	134	II.	II. 45
Estaba la linda infanta. — N. — C. s. a. y 1550.	118	I.	II. 21
Estábase don Reinaldos. — Cab. — C. s. a. y 1550. — S. T. II. — P. S.	188	III.	II. 335
Estábase el conde Dirlos. — Cab. — C. s. a. y 1550. — S. T. II. — F. — P. S.	164	III.	II. 129
Estábase la condesa. — Cab. — C. s. a. y 1550. — P. S.	171	III.	II. 222

	No.	Clase.	Tomo y Pag.
Estando el rey don Fernando — en — con. — Hist. — P. S.	95	I.	I. 308
Estando el rey don Fernando — en — donde. — Hist. — Hit. —	95 a	II.	I. 313
Esta noche, caballeros. — N. — Tim.	139	I.	II. 57
Estáse la gentil dama. — N. — Canc. de obras de burlas. — P. S.	145	II.	II. 64
Ferido está don Tristan. — N. — C. s. a. y 1550.	146	I.	II. 66
Fonte frida, fonte frida. — N. — C. G. de Const. y de Cast. — C. s. a. y 1550. — S. T. I. — P. S.	116	I.	II. 19
Galiarda, Galiarda. — N. — P. S.	138	I.	II. 56
Gerineldo, Gerineldo. — N. — P. S.	161 a	II.	II. 97
Grandes guerras se publican. — N. — Tradicional.	135	I.	II. 48
Guarte, guarte, rey don Sancho. — V. Rey don Sancho, rey don Sancho — no — que de dentro.			
Helo, helo por do viene — el infante. — N. — C. s. a. y 1550. — S. T. I.	150	I.	II. 72
Helo, helo por do viene — el moro. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I. — F. — Tim.	55	I.	I. 175
Herido está don Tristan. — N. — Cod. del siglo XVI. — P. S.	146 a	I.	II. 66
Jugando estaba el rey moro. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I. — Argote de Molina. — Tim.	83	J.	I. 269
Junto al muro de Zamora. — Hist. — S. T. II.	43	I.	I. 133
Junto al vado de Jenil. — Hist. — C. 1570. — Tim.	91	I.	I. 296
La bella mal maridada. — N. — Sep. — P. S.	142	I.	II. 60
La mañana de San Juan. — Hist. — S. T. II. — Sep. — Tim. — P. S.	75	I.	I. 245
Las cartas y mensajeros. — Hist. — S. T. II.	13	I.	I. 37
Las huestes de don Rodrigo. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I. —	5	I.	I. 15
La triste reina de Nápoles. — Hist. — C. s. a.	102	I.	I. 335
Levantóse Gerineldo. — N. — P. S.	161	I.	II. 96
Los aires andan contrarios. — Hist. — P. S.	98	I.	I. 326
Los cielos andan contrarios. — V. Los aires andan contrarios.			
Los vientos eran contrarios. — Hist. — Tim. — F. — P. S. .	5 a	II.	I. 17
Lunes se decía, lunes — Hist. — C. F. — Tim.	107 a	II.	I. 353
Mala la vistas, franceses. — Cab. — C. s. a. y 1550. — F. — P. S.	186	I.	II. 321
Malas mañas habeis, tio. — N. — C. 1550.	113	I.	II. 15
Mandó el rey prender Vergilios. — N. — C. s. a. y 1550. — P. S.	111	II.	II. 11
Mastredajes, marineros. — Hist. — Hit. T. II.	97	II.	I. 323
Media noche era por filo. — los — conde. — Cab. — C. s. a. y 1550. — S. T. II. — F. — P. S.	190	III.	II. 358
Media noche era por filo — los — cuando. — Cab. — P. S. .	174	III.	II. 248
Mensajeros le han entrado. — Hist. — Hit.	92	II.	I. 298
Mi padre era de Ronda. — N. — C. s. a. y 1550. — S. T. I. — Tim. —	131	I.	II. 41

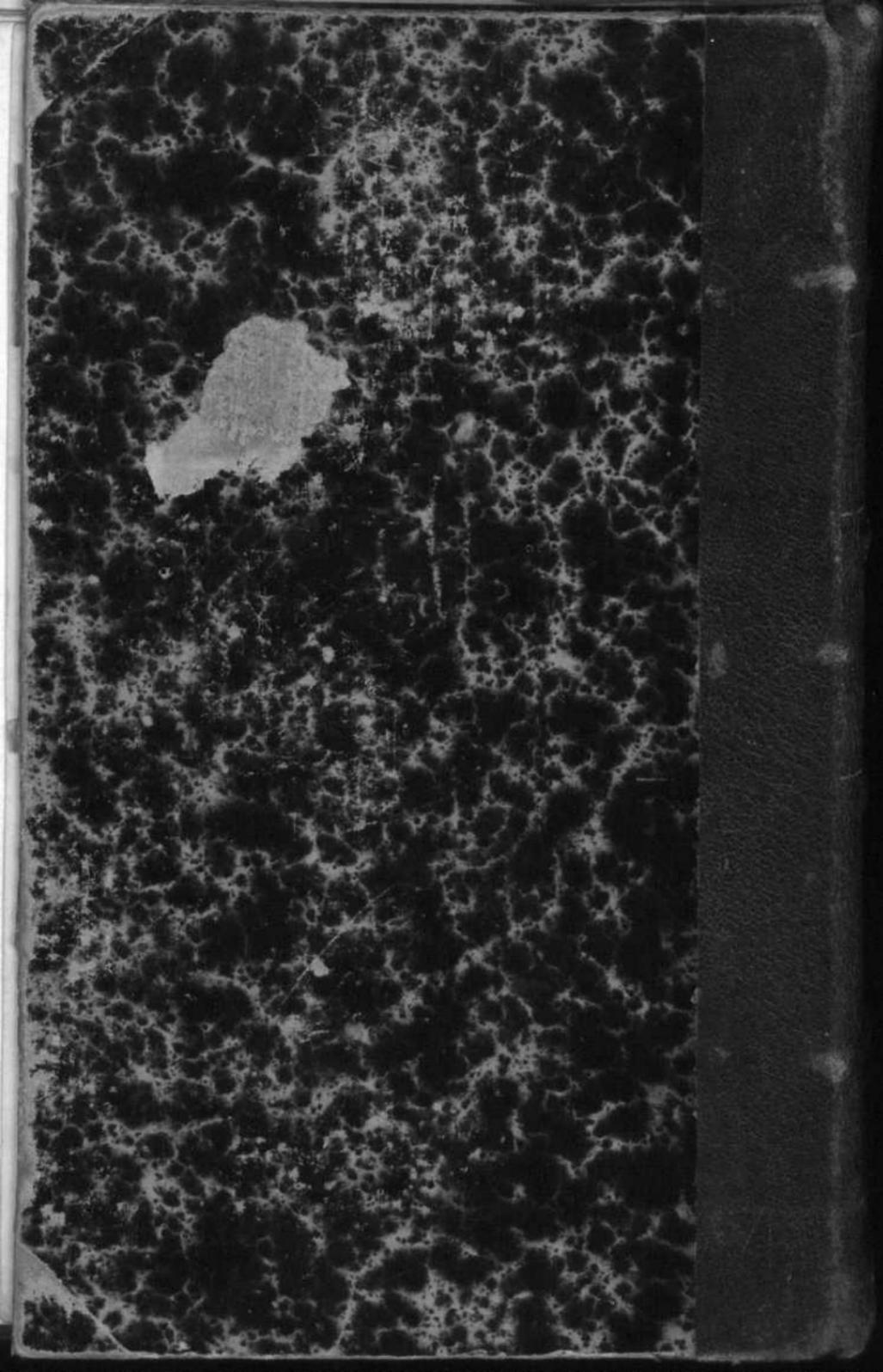
	No.	Clase.	Tomo y Pag.
Miraba de campo viejo — el — miraba — como — mira. — Hist. — C. s. a. y 1550.	101a	II.	I. 334
Miraba de campo viejo — el — miraba — como — miraba. — Hist. — S. T. II. — F. — P. S.	101	I.	I. 332
Mis arreos son las armas. — N. — C. s. a. y 1550. — S. T. I.	125	II.	II. 32
Moriana en un castillo. — N. — Cod. del siglo XVI. — C. F. — Tim.	121	I.	II. 25
Moricos, los mis moricos — los — derribédesme — esa ciudad. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I.	71a	II.	I. 235
Moricos, los mis moricos — los — derribédesme — esa villa. — Hist. — Argote de Molina. — P. S.	71	I.	I. 234
Morir vos queredes, padre. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I.	36	I.	I. 115
Moro alcaide, moro alcaide — él de la barba. — Hist. — C. 1550.	84	I.	I. 270
Moro alcaide, moro alcaide — él de la vellida. — Hist. — Hit.	84a	I.	I. 271
Moro, si vas á la España. — N. — Tradicional.	130	I.	II. 38
Muchas veces oi decir. — Cab. — S. ed. de 1582. — F. — P. S.	175	III.	II. 251
Muerto yace Durandarte. — Cab. — F. — Tim. — P. S.	182	II.	II. 310
Muy malo estaba Espinelo. — N. — C. F. — Tim.	152	II.	II. 77
N osotros Dardín Dardeña. — V. En el nombre de Jesus.			
Nunca fuera caballero. — N. — C. s. a. y 1550. — P. S.	148	II.	II. 69
Nuño vero, Nuño vero. — Cab. — C. s. a. y 1550. — S. T. I.	168	I.	II. 217
O h Belerma, oh Belerma. — Cab. — C. s. a. y 1550. — P. S.	181	III.	II. 308
Oh Valencia, oh Valencia. — N. — Tradicional.	129	I.	II. 36
P arida estaba la infanta. — N. — P. S.	160	II.	II. 94
Pártese el moro Alicante. — Hist. — S. T. II.	24	I.	I. 77
Pascábase el buen conde. — N. — C. G. ed. de 1554. 2a. Parte. — P. S.	117	I.	II. 20
Pascábase el rey moro — por — cartas. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I. — Tim.	85	I.	I. 272
Pascábase el rey moro — por — desde. — Hist. — Hit.	85a	II.	I. 274
Por aquel postigo viejo — que — vi venir pendon. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I. — Tim.	50	II.	I. 152
Por aquel postigo viejo — que — vi venir seña. — Hist. — P. S.	50a	I.	I. 154
Por el mes era de mayo. — N. — C. s. a. y 1550. — S. T. I.	114a	II.	II. 16
Por el val de las Estacas — el. — Hist. — S. T. II. — Tim.	32	II.	I. 107
Por el val de las Estacas — pasó. — Hist. — Cod. del siglo XVI.	31	I.	I. 105
Por Guadalquivir arriba — cabalgan. — Hist. — P. S.	58	I.	I. 182
Por Guadalquivir arriba — el. — V. Abenámár, Abenámár.			
Por la ciudad de Granada. — Hist. — Hit.	85b	II.	I. 276
Por la matanza va el viejo. — Cab. — C. s. a. — S. T. I. — F.	185	I.	II. 316
Por las riberas de Arlanza. — Hist. — Tim.	12	I.	I. 35
Por las sierras de Moncayo. — N. — C. s. a. y 1550. — S. T. I.	126	II.	II. 32
Por la vega de Granada. — Hist. — Tim.	87	II.	I. 279
Por los bosques de Cartago. — N. — C. 1550. — Tim. — P. S.	110	II.	II. 7
Por los campos de Jerez — á caza — allegóse. — Hist. — S. T. II.	66	II.	I. 209

	No.	Clase.	Tomo y Pag.
Por los campos de Jerez — á caza — en llegando. — Hist. — Tim. P. S.	66a	II.	I. 211
Preguntando está Florida. — V. Mi padre era de Ronda.			
Preso está Fernan Gonzalez — el buen. — Hist. — C. 1570. — S. T. II. — Tim.	18	II.	I. 56
Preso está Fernan Gonzalez — el gran. — Hist. — C. 1550. .	15	I.	I. 48
Q uéjome de vos, el rey. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I. — P. S.	108	II.	I. 356
Que por mayo era, por mayo. — N. — C. G. de Const. y de Cast.	114	I.	II. 16
Quién es aquel caballero. — Hist. — Sep.	21	II.	I. 68
Quién hubiese tal ventura. — N. — C. s. a. y 1550. — P. S. .	153	I.	II. 80
R eduan, bien se te acuerda. — Hist. — Hit.	72	II.	I. 236
Reina Elena, reina Elena. — N. — P. S.	109	I.	II. 3
Retraída estaba la reina. — Hist. — Cod. del siglo XV. . . .	100	II.	I. 329
Retraída está la infanta. — N. — C. s. a. y 1550. — S. T. II. — F. — P. S.	163	III.	II. 111
Rey don Sancho, rey don Sancho — cuando — corrió. — Hist. — P. S. — Tim.	33	I.	I. 108
Rey don Sancho, rey don Sancho — cuando — le. — Hist. — S. T. II. — Tim. — P. S.	39	I.	I. 120
Rey don Sancho, rey don Sancho — no — que del. — Hist. — Tim.	44	II.	I. 134
Rey don Sancho, rey dou Sancho — no — que de dentro. — Hist. — C. s. a. — S. T. I.	45	I.	I. 137
Rey don Sancho, rey don Sancho — ya. — Hist. — S. T. II.	40	I.	I. 122
Riberas del Duero arriba — cabalgan — en. — Hist. — S. T. II. — P. S.	41	I.	I. 124
Riberas del Duero arriba — cabalgan — las armas. — Hist. — P. S.	42	I.	I. 127
Riberas del Duero arriba — cabalgan — las divisas. — Hist. — E. — Tim. —	42a	II.	I. 129
Río verde, río verde — cuanto. — Hist. — Hit.	96b	I.	I. 321
Río verde, río verde — mas. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I.	96	I.	I. 316
Río verde, río verde — tinto. — Hist. — Hit.	96a	I.	I. 319
Rodillada está Moriana. — N. — Cod. del siglo XVI. — Tim.	122	I.	II. 27
Rosa fresca, rosa fresca. — N. — C. G. de Const. y Cast. — C. s. a. y 1550. — S. T. I. — P. S.	115	II.	II. 18
S álese Diego Ordoñez. — Hist. — P. S.	47a	I.	I. 143
Saliendo de Canicosa. — Hist. — S. T. II.	23	I.	I. 75
Santa Fe, cuán bien pareces. — Hist. — S. T. II.	89	I.	I. 283
Sevilla está en una torre. — N. — Tim.	128	II.	II. 35
Suspira por Antequera. — Hist. — Tim. — P. S.	76	II.	I. 247
T an claro hace la luna. — Cab. — C. s. a. — P. S.	169	I.	II. 218
Tiempo es, el caballero. — N. — C. 1550. — P. S.	158	I.	II. 91
Todas las gentes dormían. — Cab. — P. S.	198	I.	II. 417

	No.	Clase.	Tomo y Pag.
Tres Córtes armara el rey. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I.	58	I.	I. 182
Tres hijuelos habla el rey. — N. — C. 1550.	147	I.	II. 68
Tristes van los zamoranos. — Hist. — Tim.	48	II.	I. 147
U n día de San Anton. — V. Día era de San Anton.			
Un lunes á las cuatro horas. — Hist. — S. T. II.	107	I.	I. 351
V álasme nuestra Señora. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I.			
— P. S.	64	I.	I. 201
Vámonos, dijo mi tio. — Cab. — C. s. a. y 1550. — P. S. . . .	172	III.	II. 226
Y a cabalga Calainos. — Cab. — C. s. a. y 1550. — F. — P. S.	193	III.	II. 386
Ya cabalga Diego Ordoñez. — Hist. — C. 1550. — P. S. . . .	47	I.	I. 142
Ya piensa don Bernaldino. — N. — C. s. a. y 1550. — S. T. I. .	149	II.	II. 71
Ya que estaba don Reinaldos. — Cab. — C. s. a. y 1550. — P. S.	189	III.	II. 346
Ya repiecan en Andújar. — V. Día era de San Anton.			
Ya se asienta el rey Ramiro. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I.	99	I.	I. 328
Ya se partía el rey moro. — V. Ya se salía el rey moro. . .			
Ya se sale de la priesa. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I. .	6	I.	I. 19
Ya se sale Diego Ordoñez. — Hist. — Tim.	47 b	II.	I. 145
Ya se sale el rey moro. — V. Ya se salía el rey moro.			
Ya se sale Guiomar. — Cab. — P. S.	178	III.	II. 290
Ya se salen de Castilla. — Hist. — P. S.	25	III.	I. 81
Ya se salen de Jaen. — Hist. — Tim.	82 a	II.	I. 266
Ya se sale por la puerta. — V. Despues que Veilido Dolfos — aquel.			
Ya se salía el rey moro. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I. — Tim.	86	I.	I. 278
Yo me adamé una amiga. — N. — C. s. a. y 1550. — S. T. I. .	141	I.	II. 59
Yo me era mora Moraima. — N. — C. s. a. y 1550. — S. T. I. — C. G.	132	I.	II. 42
Yo me estaba allá en Coimbra. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I. — Tim.	65	II.	I. 205
Yo me estaba en Barbadiillo — V. A Calatrava la vieja.			
Yo me estando en Giromena. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I. — Tim. — P. S. —	104	II.	I. 343
Yo me estando en Tordesillas. — Hist. — C. s. a. y 1550. — S. T. I.	103	II.	I. 341
Yo me estando en Valencia. — Hist. — S. T. II.	60	I.	I. 185
Yo salí de la mi tierra. — Hist. — Alonso de Fuentes . . .	62	I.	I. 197

ADICIONES, CORRECCIONES Y ENMIENDAS.

Tom.	Pag.	Línea.	Dice:	Léase:
I.	IV	2 de arriba	y arte	ni arte
"	VII	8 "	apóstrofes	apóstrofos
"	X	10 "	del gesta de	de gesta del
"	"	13 "	ésence	essence
"	XI	16 "	colecciones	coleciones
"	XII	10 "	sí al menos	al menos
"	XIII	17 "	— faltan	— que faltan
"	XIV	12 "	france e stuvieron	franceses tuvieron
"	XV	3 "	aquestas	aquellas
"	XVI	13 "	semejase	se asemejase
"	XVIII	4 "	este rimar	este modo de rimar
"	XIX	16 "	sino	si no
"	XXII	19 "	seña	señal
"	XXVII	9 "	sigo	siglo
"	XXXI	18 "	de una	en una
"	XXXIII	12 "	huvo	hubo
"	"	17 "	pero no	pero ya no
"	XXXIV	17 "	queriendo mas	queriendo ya mas
"	XXXV	12 "	rumbo universal, al	rumbo universal, el
"	"	15 "	cociedad	sociedad
"	XLI	última de abajo	civilizacion	civilización
"	XLVI	21 y 22 de arriba	ari-stocrático	aris-tocrático
"	LIV	12 de arriba	y los	y por los
"	LXII	17 "	rida dtan	ridad tan
"	LXX	9 "	manclonada	mencionada
"	LXXXIX	3 de abajo	o	ou
"	"	3 "	nao	não
"	"	2 "	senao	senão
"	LXXXIV	13 "	descendenes	descendentes
"	"	10 "	superstiçoes	superstições
"	"	9 "	apparicoes	apparições
"	LXXXVI	9 de arriba	cloro	claro
"	LXXXVII	5 "	sobro	sobre
"	XC	17 "	e contienen	se contienen
"	"	21 "	en et	en el



JARDIN POETICO

ROMANCES
ANTIGUOS

R-P-C